

GERMANIA

REVISTA DE CONFRATERNIDAD HISPANO-ALEMANA

DIRECTOR: LUIS ALMERICH

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LAURIA, 55 — BARCELONA

¿Podemos entendernos?

POR EL DR. AGUSTÍN MURÚA VALERDI, CATEDRÁTICO

ENTRE las más puras emociones del que, como yo, inspira sus actos en el mejor deseo de bienestar y grandeza para la patria, siquiera mis fuerzas escasas no corran parejas con la altura del propósito, están las que me proporcionan antiguos discípulos míos, si no de ciencia oficial, de espiritualidad universitaria, a pesar de hallarse ésta reducida en nuestro país a términos tan menguados, cuando me demuestran, como el Sr. Matons lo hace en su notable artículo «Francofilia y Germanofilia», aparecido en *La Publicidad* del 15 de abril, que mis esfuerzos — fracasados en parte, como organizador de una nueva juventud académica — no cayeron siempre en terreno infecundo, ya que el Sr. Matons, al presentarse como noble adversario de algunas de mis ideas, aparece en la liza con exquisita cortesía, no exenta de afecto, en España no siempre revelada, y con dotes de escritor y de polemista que no pueden menos de enorgullecer a quienes por modo más o menos directo hemos contribuido a sembrar en él el *entusiasmo*, motivo fundamental, según el filósofo Ruiz, de las más hermosas manifestaciones de la espiritualidad humana. Devuelto al noble y brillante campeón el saludo de combate, con la aclaratoria de que su controversia es para mí tan respetable como la de aquellos ilustres definidores de dogmas a quienes dirigian el artículo «Los ideales autonómicos de Cataluña y el conflicto europeo», paso a contestar sus afirmaciones con el detenimiento que merecen, pues celebro se me presente ocasión de fijar ante el partido reformista, en el que milito, mi verdadera actitud respecto a esta lamentable catástrofe del inestable equilibrio europeo. Pido, ante todo, para la posibilización de aquel detenimiento, el necesario espacio material en GERMANIA, enviando de antemano a su director el anticipado homenaje de mi gratitud.

En primer término, yo no soy germanófilo: yo soy un admirador entusiasta de las muchas y excelentes cosas que Germania tiene; pero no he escaseado mis críticas para las malas, hasta el punto que mi libro *Tres años en Alemania* resultó agri dulce para la crítica de aquel país, y buena prueba de ello el que ningún editor encontró remuneradora la empresa de verterlo al idioma de Goethe. Yo, como todo hombre sincero, no puedo ser exclusivista. No lo soy en la ciencia, en cuyo terreno rindo cumplido homenaje a los sabios de todas las escuelas, convencido de que la verdad presenta facetas múltiples y que a su investigación auxilia en gran manera un criterio ecléctico; no lo soy en arte, convencido de

que la belleza no es patrimonio de ninguna escuela; no lo soy en religión, archiconvencido de que la doctrina sublime de Cristo, no se predicó para ningún cenáculo de escogidos, sino para todos los hombres de buena voluntad y de corazón inflamado por un sincero amor al bien y a la justicia; no lo soy, ni podía serlo, en la política, y buena prueba de ello que, dentro de mi partido, acato las orientaciones que se avienen con mi criterio, y discrepo con bella heterodoxia de aquellas otras que estimo equivocadas o perniciosas para la salud de la patria, que ha de ser la finalidad de toda organización política.

Aclarado este punto, aparece el problema del conflicto europeo con toda su enorme complejidad: causas, desarrollo, posible solución, interés hispano en que esta solución se oriente en uno u otro sentido. Se han escrito sobre estos puntos de vista toneladas de papel; la diplomacia las ha iniciado, encargándose de mantener los puntos tendenciosos, o, dicho en lenguaje vulgar, arrimando el ascua a su sardina respectiva: libros rojos, blancos, azules, amarillos, de color de trucha asalmonada..., todos los colores del arco iris y sus combinaciones complementarias, aunque refluientes todos no a la luz blanca esperada, sino a la ausencia de luz, procedente del caos fundamental.

No me sería difícil establecer ante cada afirmación concreta del Sr. Matons otra contradictoria. ¿Cuál es la verdadera? ¡*Ecco il problema!* ¿Quién o quiénes fueron culpables de la guerra? ¿Los que aparecen arrojando el guante en gesto caballeresco, o los que se dejaron desafiar, a fin de tomar una actitud gallarda de desfaceadores de agravios o de entuertos? ¿Hubieran movilizad los ejércitos rusos sin el oro francés? ¿Es lucida la actitud del guapo que, pagado y por vil interés material, ataca por la espalda al caballero que se defiende de otro? ¿No había vencido Alemania a Inglaterra durante la paz en las lides mercantiles? ¿Entonces, quién es la agresora de supremacía comercial y quién quiere ahogar brutalmente en sangre las expansiones de la actividad de trabajo? ¿Militarista, la nación que sabe se acechan sus descuidos por dos de sus fronteras, por tres incluyendo la marítima? Previsora debiéramos decir, a lo que se me alcanza. Imperialista la nación que no tolera que nadie la discuta en los mares, que ahoga al mundo entre sus cables telegráficos, que se apodera injustamente porque tienen minas de oro de las florecientes y pacíficas repúblicas del Transvaal y del Orange, que deja morir anualmente de hambre a millones de seres en la India, que sojuzga con el derecho del más fuerte la fertilísima tierra de los Faraones, sumergiendo vandálicamente el sagrado templo de Filé, cual símbolo de su deseo ardiente de borrar de sobre la tierra, con los monumentos de la antigüedad hasta las pruebas fehacientes de su innoble e insaciable codicia; la que a título de aliada unas veces y de enemiga otras, destruyó durante las guerras napoleónicas nuestras industrias, nuestra marina, despreciando, de paso, el esfuerzo colosal de nuestros héroes; la que atenta siempre a conservar su imperialismo marítimo persiguió a ese mismo pueblo francés y a su glorioso caudillo *corso*, que el Sr. Matons tanto admira como vehículo de libertad e hijo de la revolución, si bien fuera discutible que el fin justifique los medios, y que sea lícito extender la civilización con la punta de las bayonetas. Porque si esto es lícito, tiene defensa — que yo no estoy dispuesto a hacer — hasta lo más indefendible que la necesidad de subsistir impuso a Alemania, la tan explotada por los cocodrilos del otro lado de la Mancha, invasión de Bélgica, ya que si la cultura alemana es superior, o al menos sus grandes hombres lo creen así, de buena fe, un deber sería imponer esa cultura a sangre y fuego, como Napoleón impuso los principios de la Revolución igualitaria.

La que no tiene disculpa, dilecto polemista, es la pobre Servia. La sangre y la traición manchan las manos de sus directores. Grandes son sus desdichas, pero bien merecidas.

En cuanto al pretexto eslavo de la Rusia del Padrecito y del Knout, de la corrupción administrativa y del absolutismo, de la injusticia y del despotismo tradicional; tierra cerrada a la civilización, donde no se puede entrar sin el peligro de trabar conocimiento con la Siberia, nada he de decir, pues que su causa es insostenible ante todo espíritu de-

mocrático. Yo veo más hondo que las oriflamas tricolores y oigo algo más allá de los acordes de la Marsellesa. Yo veo levantarse en las estepas sin fin, tras de una problemática victoria, el espectro de la más espantosa reacción absolutista. Veo las legítimas hordas de Atila extender el saqueo y el incendio por las opulentas y cultísimas ciudades alemanas, sin que el Rhin sea obstáculo a contenerlas, llevando en sus espadas el Ukase de la muerte de la libertad, de la fraternidad y de la justicia. Veo en llamas las Universidades donde aprendí los tesoros de la espiritualidad y de la democracia y el resurgir de la tiranía medioeval, más o menos hipócritamente aderezada. Pierdan entonces Polonia, Finlandia, Irlanda y tantas otras pequeñas nacionalidades sus esperanzas de redención; abandone el socialismo moderno sus sueños de paz, de justicia y de civilización universal; resignese España a continuar bajo el yugo, no por hipócrita menos duro, de su tradicional enemigo; lllore la espléndida Stambul la pérdida de sus peregrinas tradiciones y de su incomparable belleza; prepárese la noble Francia a expiar sus arrebatos de odio infantil, en mal hora abrigados; las lanzas de los cosacos serían la única razón en la desventurada Europa. Única esperanza sería entonces, la gran República Americana y el amor de nuestros hijos desterrados en las diversas dislocaciones de la historia. De esa República que, si en hora nefasta pagó con ingratitud una deuda de honor, abriga en su seno tesoros de independencia ciudadana, que a sentirse inspirada por el criterio inmortal de sus fundadores y consagrada por el amor a la libertad y al trabajo, volvería sus ojos misericordiosos a los pueblos que luchan y obrando en herencia cristiana impondría la paz de que es árbitra con un sencillo telegrama que podría ser resurrección de aquel otro inaugural del cable transatlántico: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

Creo que el Sr. Matons verá más claro después de remontarse conmigo a los orígenes. En esta guerra, Francia y sus doctrinas representan un papel incidental y secundario. Lo que en realidad se halla en litigio es la superioridad de Europa contra Asia. La buena Albión, en sus egoísmos trata de abrir a los cosacos las puertas de la Europa culta, sin perjuicio de hacer lo mismo con los japoneses más tarde. La unidad moral de Europa, su civilización a tanta costa lograda, se encuentran en peligro. Y lo más lamentable es que una de sus naciones es la que intenta actuar de Don Opas. Como amante de la libertad y del progreso, tengo el derecho de defenderlos.

Inglaterra

POR HOUSTON STEWART CHAMBERLAIN *

CROMWELL, 1658: Aunque os dediquéis a negocios, no estiméis nunca vuestras ventajas comerciales en más que la gracia de Dios, sino tened la gracia divina como la mayor ganancia.

RUSKIN, 1880: El Inglés ya no confiesa hoy: «Creo en Dios, el Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra», sino: «Creo en el padre Dollar que todo lo hace posible».

UNA antigua experiencia enseña que aquel que ha viajado durante seis semanas por un país extranjero, se sienta tranquilamente y escribe con soltura un libro en donde con gran seguridad se describen el carácter nacional, las costumbres, las cualidades y los defectos de aquel pueblo; como dicen los ingleses: *he that runs may read*.

Con más precauciones escribe el que ha pasado seis meses en diligentes y concienzudas observaciones; su libro corre el peligro de aburrir al lector con sus muchas reservas e in-

* Literato, hijo del almirante Chamberlain

terrogantes, cuando aquél que querría saber algo concreto se encuentra sólo con dudas. Pero el que ha vivido en dicho país seis años y ha tenido ocasión de tratar de cerca un cierto número de individuos de diferente condición, de manera que ha podido observar con precisión en su ánimo las consecuencias de los acontecimientos y los efectos y contraefectos y conocer no sólo el carácter sino también cada una de sus particulares tendencias, éste renunciará seguramente a la idea de escribir un libro sobre aquel pueblo, porque no puede esperar poder juzgar con rectitud cosas tan extraordinariamente complejas.

Otra cosa es ya cuando un individuo que pertenece a tal pueblo y que por lo tanto tiene un profundo conocimiento del mismo, hace pasar por su mente el pasado que le es familiar; entonces, al recordar ciertos momentos de este pasado, se le producen profundas impresiones; tales son los momentos en que chocan el carácter y la historia. Súbitamente reconoce entonces que este carácter lógicamente hubiera debido desarrollarse en la historia de tal modo y tomar otra dirección y, al propio tiempo, ve claro que el mismo hecho histórico hubiera conducido a otras consecuencias un carácter con cualidades distintas.

Es cierto que hay que andar con mucho cuidado al hablar del carácter de un pueblo, pues por constituirse necesariamente de la yuxtaposición de infinitos y distintos caracteres singulares, se corre el peligro de obtener una imagen al estilo de Lombroso cuando mandó fotografiar 50 caras de asesinos, una sobre otra para obtener así la fisonomía del asesino ideal, con lo que surgió un tipo falto en absoluto de carácter, cuya única propiedad es la de no parecerse a ningún asesino que jamás haya existido.

En la nación contribuye mucho a la unidad el parentesco de sangre ramificado por todas partes y también la psicología de las masas, esto es, la influencia a que está sometido el individuo dentro de la comunidad. Así se muestra en estos días la unidad del carácter del pueblo alemán con invulnerable fuerza de convicción: 1914 es para Alemania uno de aquellos momentos en que Historia y Carácter chocan; súbitamente obtenemos una visión de lo más interno que en otras ocasiones ocultaba la engañosa superficie. También se manifiesta ahora (y no, esperémoslo de Dios, con la misma unidad, pero sí con claridad y determinación) un momento en que se encuentran el carácter inglés y la historia de Inglaterra; y también esto lo contemplamos con asombro, pero con asombro producido por el horror y la vergüenza. Pues no sirve para nada que los publicistas digan que los ingleses no son ya germanos, pues así lo demuestran con su conducta; de todos modos lo son, y precisamente son germanos más puros que muchos alemanes; en los últimos dos siglos, entre otras cosas ha tenido lugar un siempre más acentuado predominio del elemento anglo-sajón, o sea del verdadero elemento alemán, a costa del normando-franco, a parte de que este último va perdiéndose cada vez más por los cruzamientos. No hay que alegar la influencia de los judíos, que es grande especialmente en el gobierno que se halla en el timón del Estado inglés; pues Alemania cuenta con diez veces más de judíos y ¿en dónde están ahora? Han desaparecido en el poderoso levantamiento, pues delante del enemigo o en casa cumplen con su deber como alemanes; mientras que los judíos ingleses, que son los más próximos hermanos y primos de los judíos alemanes, toman parte allí en todas las vergüenzas, transforman rápidamente sus nombres alemanes en otros ingleses y a la cabeza de la prensa, casi su exclusiva propiedad, marchan contra los alemanes en la campaña de calumnias. Si una nación se levanta el judío sigue, pero no guía.

Las causas de la evolución que ha llevado a Inglaterra a donde hoy se encuentra hay que buscarlas muy lejos, en los precedentes de largos siglos. Fué uno de los posibles desenvolvimientos de la raza germánica; se llevó a efecto surgiendo de la diagonal entre Historia y Carácter.

Quien recuerde la historia de los Estados se asombrará de que sencillísimos acontecimientos y cambios del destino apenas perceptibles, obren efectos que duran tanto tiempo y que se ramifican de tan imprevista manera. Basta con tener presente un simple acon-

tecimiento de la historia de Inglaterra y un sólo cambio operado bajo la influencia de cosas externas que tuvo lugar quinientos años más tarde, para comprender muchas cosas que si nó constituyen un enigma insoluble. De estos dos hechos se produce como efecto un tercero; del efecto determinado particularmente se produce por necesidad un contraefecto también particular; y así, por fin, se construye, como en toda la vida orgánica, de elementos lo más simples que se puedan imaginar un todo infinitamente complejo y peculiarísimo en el que todas las partes son a la vez condicionantes y condicionadas.

La conquista de los Normandos, que en el siglo xi sometieron la población anglosajona, es el acontecimiento que quiero significar; el cambio es aquel que transformó poco a poco, hacia el siglo xvi, la población agrícola y poco amiga del agua en marina, y comerciante. Que de la amalgama del Estado sajón, que en tiempo de Alfredo había llegado ya a gran florecimiento, con el espíritu de los enérgicos normandos, se produjeron rasgos de carácter determinantes y a la vez inexplicables para los extranjeros, no puede dudarse; y tampoco que desde el momento en que tuvo lugar la transformación hacia el comercio marítimo se efectuó una alteración de la manera de ser de la comunidad que se había formado ya de un modo característico durante el curso de cinco centurias, alteración que, finalmente, debió conducir a la catástrofe cuyo principio hoy contemplamos.

En Inglaterra por «nobleza» no se entiende lo mismo que en otros países; no se trata de una titulación por la que todos los miembros de una familia se distinguen perfectamente de los demás, sino de una casta social que se diferencia del resto del pueblo de una manera interna. Sin cesar salen algunos de esta casta y sin cesar consiguen otros entrar en ella por asimilación. Todo inglés que pertenece a la «Nobility» o a la «Gentry» se reconoce en seguida: muchas veces ya por los rasgos fisionómicos, por los gestos, por la voz; pero sobre todo, y esto con una seguridad absoluta, por la lengua. Nadie pregunta por el título, que sólo lleva uno de los miembros vivientes de la familia, sólo interesa la casta. Precisamente las personas distinguidas suprimen con frecuencia el título y a las mejores familias pertenecen muchos que en todos los siglos han rechazado constantemente tal concesión de títulos de nobleza. Y no se haga la comparación con la Francia de *l'ancien régime*. Es cierto que la nobleza franca, borgoñona y goda se distinguió claramente del resto del pueblo hasta la revolución; hoy se encuentran muy raramente en Francia aquellas grandiosas fisonomías; en Inglaterra, en cambio, las circunstancias fueron muy distintas desde el principio y han tenido otra significación. De los borgoñones, de los francos y de los godos entró en Galia todo el pueblo; la mayor parte se mezcló completamente con los habitantes anteriores; sólo los príncipes y los nobles se mantuvieron separados y fueron suficientemente numerosos para conservar la pureza de raza durante mucho tiempo. En cambio el número de las familias nobles que de la Normandía y del Anjou siguieron a Inglaterra a los primeros reyes era relativamente reducido; así esta nobleza, que sólo admitió en su seno y asimiló un corto número de linajes nobles sajones y daneses, permaneció del todo separada del pueblo anglo-sajón que no sufrió mezcla ninguna; con esto se dió lugar al hecho de la casta superior, que caracteriza por sí sólo a Inglaterra; la cual ha conservado su lengua, mejor dicho su pronunciación propia, hasta hoy, comprendiendo la pronunciación infinitas palabras y giros, que los ingleses que no pertenecen a la casta dominan tan poco como la pronunciación, inaccesible para ellos. De estas circunstancias salió una diferencia que todavía hoy separa en dos partes sin lazo ninguno de unión al pueblo: una clase superior y otra inferior, una distinguida y otra vulgar. Guillermo el Conquistador se esforzó sin éxito en aprender el anglo-sajón; bajo los primeros reyes que le sucedieron, así lo cuenta el gran estadista Hobbes, aquellos que se quejaban de la tiranía de la nueva nobleza recibían la contestación: «Calla, thou art but an Englishman, tú eres un simple inglés». Sin embargo, este simple inglés en tanto que se resistió a aprender francés, triunfó. Pero igualmente se resistió la casta superior a aprender el anglo-sajón. Y de esta doble

terquedad salió una nueva lengua; hoy la llamamos el inglés; se produjo de dos lenguas que luchaban y de las que cada una quería la hegemonía; pero después del definitivo compromiso, la lucha continuó viva en las dos pronunciaciones que hoy dominan todavía: la distinguida y la vulgar.

Quien tenga presente este punto, la lengua, obtendrá, aún sin conocer Inglaterra por sí mismo, en muchas cuestiones, una visión más profunda que la que le podrían proporcionar voluminosos libros. Así, por ejemplo, altas escuelas abiertas a toda la nación, como en Alemania, Francia, Italia, como en todas partes, son imposibles en Inglaterra. No es posible allí que yo envíe mi hijo a la escuela, en donde se contagiará de sus compañeros y hasta de sus maestros la pronunciación *igh* por *high* y *hisland* por *island* y con ella el hablar con la nariz, que se ha desarrollado primero en la población ciudadana de Inglaterra y luego en América y Australia de una manera tan aterradora. Así, pues, el gimnasio o la escuela técnica no puede existir: hay instituciones en donde se educan los hijos de la gente distinguida y hay instituciones en donde se educan los hijos de la gente vulgar; los niños no se conocen ni se hablan nunca y se odian mutuamente. Por lo tanto, tampoco es posible una Universidad en el sentido alemán. Las antiguas Universidades son exclusivamente para la gente distinguida y producen aquellos exquisitos sabios ingleses que, lejos de todo lo vulgar en las clausuras de sus «Colleges» medioevales y al propio tiempo con gran experiencia mundana como consecuencia de pertenecer a la casta directora de una nación directora, a menudo con ocio ilimitado para investigaciones y viajes representan en su persona y en sus libros acaso la más perfecta cultura a que hoy puede llegar el hombre; sin embargo, hay que confesarlo, son un producto de invernáculo. Las nuevas Universidades son en lo esencial escuelas técnicas tan sólo; en ellas trabajan notabilísimos investigadores, especialmente químicos, físicos, mecánicos, etc., que casi todos han estudiado en Alemania; pero sobre el carácter de tales instituciones destinadas a lo meramente práctico, de ninguna manera a la ciencia pura, no pueden influir. Una de las columnas de aguante de la Alemania actual falta, pues, en toda Inglaterra: la Escuela y la Alta Escuela que todo lo une, que se filtra en la vida total de la nación por millares de canales y que la eleva a una unidad de cultura.

No menos falta en Inglaterra la posibilidad de un ejército popular, de esta potente creación moral, que puede llamarse la espina dorsal de la Alemania actual. Pues el ejército alemán no poseería su extraordinaria fuerza moral si no obrasen y se reflejasen en él la incondicional unidad de todas las fuerzas de la nación: desde la Majestad Imperial en su cima hasta el más joven de los reclutas labradores, todos forman una sola familia, cada uno es un camarada para los demás, a todos los une la obediencia, el deber, el amor a la patria. *Antes de que pudiese surgir el ejército y la unidad de Alemania desarrollar su más alta potencia, debió existir la unidad moral y espiritual que quiso y creó semejante ejército.* Esto falta en Inglaterra. Allí las dos partes de la nación, la pequeña y la grande, se desconocen en absoluto mutuamente. Yo puedo tener durante veinte años un criado y no sé de él y de lo suyo más que del alma de mi bastón de paseo; el orgullo del inglés que no pertenece a la casta superior es su impenetrabilidad; no quiere ser preguntado, no quiere hablar, no desea los «buenos días» ni las «buenas noches»; si encuentra a su señor en la calle va por la otra acera para no tener que saludar. ¿Qué camaradas pueden ser, pues, un oficial y un soldado? ¿De dónde debe, pues, venir la unidad? Es y continúa siendo la relación de un noble que manda a hombres de otro mundo y que exige obediencia con su superioridad hereditaria.

Además, dicho sea de paso, el inglés de la clase popular es, desde tiempos inmemoriales, poco guerrero. Los Plantagenets sostuvieron muchas guerras en Francia y se distinguieron en Tierra Santa, pero aparte de la nobleza nunca obtuvieron soldados de Inglaterra; Green, el conocido historiador, escribe: «Las guerras y las cruzadas tenían sin cuidado

a la población inglesa; entre sus reyes estimaban sólo al que proporcionaba a la isla duradera paz». Y esto continuó siendo así hasta hoy en que el ejército inglés consta en su mayor parte de irlandeses célticos y de célticos escoceses; los verdaderos ingleses no se dejan reclutar. En las batallas inglesas del pasado han podido mandar ingleses pertenecientes a la nobleza, pero los ejércitos estaban constituidos por mercenarios extranjeros, casi siempre por alemanes. Las batallas en la India han sido libradas la mayor parte por tropas indias, no por soldados ingleses; la norma determinada legalmente era un quinto de ingleses, y estos «ingleses», como se ha dicho, eran la mayoría irlandeses. Las preciosas descripciones del reclutamiento de soldados en Inglaterra, que debemos a Shakespeare, en la segunda parte de su «Enrique IV», son conocidas por todo alemán; en las cartas del Embajador inglés en Venecia, Sir Henry Wotton, se encuentra una deliciosa comprobación histórica de la misma época. Al principio de 1617 Inglaterra quiso ayudar a la República contra España. El dogo acepta el servicio de un conde escocés que trae soldados de Escocia y de Irlanda; pero en cuanto a las prometidas fuerzas inglesas piensa que «no hay que tener de ellas muy buen concepto y que sabe de qué manera depende su valor de las tres B: *Beef*, *Bier* y *Bett* (¡buey, cerveza y cama!)» Además, búsquese en la «Guerra de Sucesión española», de Noorden; se verá que en 1708 Inglaterra debe decidirse a «procurar remediar con procedimientos legales la falta de reclutas que cada año se deja sentir más». Siempre ocurre la misma historia: 1200, 1600, 1700, 1900, podría citar docenas de ejemplos. La situación insular no basta para la explicación; a nuestra vista tenemos el imperio insular del Japón, que ha formado un formidable ejército popular. Estoy convencido de que la verdadera causa debe buscarse en aquel «hecho» de la mezcla étnica, seguida de la división social; más tarde se agrava con la «transformación», de la que voy a hablar en seguida. Para complemento sea todavía mencionado que la teoría de que Inglaterra no necesita un gran ejército y que, por lo tanto, no debe formar ninguno de sí misma, muy pronto sirvió para justificar la práctica; ningún hombre de estado ha sido tan apreciado, ni lo es hoy todavía, por sus conciudadanos, como Lord Bolingbroke; hasta mucho más tarde que su muerte fué el profeta del particular curso del desarrollo de la moderna Inglaterra; en medio de las victorias de la reina Ana, dice Bolingbroke en sus «Observaciones acerca de la Historia de Inglaterra», que Inglaterra debe poseer una gran armada, pero no un ejército permanente, porque éste «aproxima demasiado la isla al continente», estando, por el contrario, el interés de Inglaterra en dejar que las potencias continentales se combatan mutuamente «sin mezclarse mucho en la contienda»; un ejército traería consigo «grandes sacrificios económicos y al mismo tiempo peligros».

Brevemente mencionaremos también otra cosa: toda la legislación inglesa, el Estado, su constitución, su política, es la obra tan sólo de una de las clases sociales, sin verdadera participación de la otra. Hobbes, el sincero, lo confiesa: «El Parlamento nunca ha representado a toda la nación». Lo decisivo hubiera sido la Reforma, pues en todas partes la Religión es la rueda interior de toda política; pero ¿qué es lo que encontramos? Aquellos ingleses que seriamente se separaron de Roma, pronto se vieron obligados a huir de su patria y a buscar la libertad de conciencia en los páramos del Norte de América; por el contrario, la separación de la iglesia nacional de Roma tuvo lugar como una medida puramente política, efectuada por el muy absoluto Enrique VIII casi sin preguntar al Parlamento; la población de Inglaterra se había acostado «católico-romana» y al día siguiente se despertó «anglicana».

No he podido nunca oír, sin indignarme, el conocido discurso acerca de la libertad política de Inglaterra; desde los comienzos de la Historia hasta hoy se ha tratado siempre tan sólo de la libertad de una casta. Atenas tenía tiempo para ser «libre», porque los 20 mil ciudadanos libres eran servidos por 400,000 esclavos; Inglaterra ha podido permitirse el lujo de un presunto Parlamento libre, porque este Parlamento estaba por completo en

manos de la gente rica para la que el gobernar significaba un gusto y la existencia a la vez. Un escritor demasiado poco conocido en Alemania, Thomas de Quincey, una de las inteligencias mejor dotadas en agudeza, conocimientos, reflexión y fuerza de pluma que Inglaterra haya producido jamás, muestra que el aumento de la influencia y de las atribuciones de la Cámara de los Comunes desde 1600, no debe atribuirse a un posible aumento de la fuerza popular, sino al mayor número de la pequeña nobleza, o sea al de las familias descendientes de los hijos menores; éstos, poco a poco, suplantaron a la gran nobleza feudal y a los obispos. Una prueba de prudencia fué el exigir al Parlamento derechos para el pueblo: esto le hizo fuerte enfrente del Rey y le permitió decapitar a aquellos que no querían dejarse llevar por la casta directora; pero no menos sangriento fué en la represión de todo intento del pueblo para alcanzar mayor poder.

Hasta hoy en que el derecho del voto se ha ampliado tanto que permite expresar su opinión a importantes partes del pueblo «no distinguido», siempre guarda la antigua violencia de las clases directoras.

Algún lector conocerá la descripción que hace Dickens de unas elecciones en su *Picwick*. Yo mismo puedo confirmarla para tiempos posteriores. En el día de las elecciones penetré muy de mañana en la pequeña ciudad de provincia en que yo me hallaba, un tren extraordinario con 400 «roughs», o sea hombres rudos, patibularios, tipos forzudos con fisonomías desvergonzadas y de malhechor, que procedían de la más próxima ciudad fabril, cada uno provisto de un fuerte bastón de nudos. Esta era la guardia reclutada por el partido conservador; propiamente a estos individuos no les interesaba la elección en una ciudad extraña poco ni mucho, pero estaban allí para atemorizar a electores liberales tímidos, y cuando esto no bastase romperles la cabeza. Afortunadamente el Comité liberal no se había descuidado, y poco después aparecieron 300 tipos todavía peores procedentes de otro lugar. Todo el día se chilló, se pegó firme, se echó a los electores de los carruajes y se les pateó, se echaron huevos a la cara de los oradores, etc., etc. ¡Una particular manera de entender la libertad de las opiniones políticas y del derecho del sufragio! Por la noche lo experimenté en mi propia persona. Entonces yo era alumno en un «College», y de los 80 miembros de la Academia el único que llevaba los colores liberales y que así se declaraba por Gladstone; los ruegos de los maestros no consiguieron hacerme abandonar los colores de mis opiniones y poner en mi ojal los de Disraeli; así el tumulto dió conmigo, me echó al suelo y me apaleó hasta que los maestros y los ayos acudieron en mi auxilio. En aquel día, hace cuarenta y seis años, aprendí más acerca de la Constitución inglesa y de la idea inglesa de la libertad, que más tarde en los libros de Hallam y de Geist. En la política inglesa se hallan dos brutalidades, una enfrente de otra, completándose: la áspera brutalidad de la clase acostumbrada a mandar y la brutalidad fundamental de toda la masa inculta que, como se ha dicho antes, nunca se halla en contacto con algo más alto.

Todos estos fenómenos tienen su origen en aquel acontecimiento que, como brutalidad originaria, destruyó, en 1066, la bella cultura del Estado anglo-sajón y creó el reino «Inglaterra». Mi opinión es: el florecimiento de Inglaterra y su decadencia tienen ambos en él sus raíces.

Pero ahora el curioso «cambio»; pues sin él acaso nunca se hubiera efectuado la general desmoralización de todas las capas sociales, que hoy deploramos.

Mucho tiempo ha que John Robert Leeley, en su libro clásico *The Expansion of England*, ha combatido la leyenda de que los ingleses son originariamente osados navegantes de la especie de los Wikings o los primeros Normandos; la verdad es lo contrario. Ha sido necesario mucho trabajo y mucho tiempo para despertar en los ingleses la afición al agua. Leeley hace notar en seguida que en realidad los ingleses no son conquistadores: han fundado colonias en donde el terreno estaba desierto o solamente ocupado por desnudos salvajes; las demás las han obtenido mediante tratados de los holandeses, franceses o espa-

ñoles, o bien, como por ejemplo Malta, mediante violación de un tratado. La India ha sido sometida con tropas indias; nunca los ingleses han emprendido conquistas por la fuerza de las armas como los españoles y los franceses. El inglés no hace la guerra por la gloria como Alejandro o César. «Para Inglaterra, dice Leeley, la guerra es una industria, uno de los posibles medios de ser rico, el negocio más floreciente, la imposición de un capital para obtener el más reproductivo interés.» Esto se alabará o se censurará; yo sólo hago mención de ello porque es un rasgo que completa lo demás; los ingleses no son soldados ni osados y pacientes marinos, sino que sólo han sido llevados al agua por el comercio: comercio en la paz, comercio en la guerra; ejército y armada, ambos, no para defensa y fortificación de la patria, sino para promover las ganancias en todas las partes del mundo; ciertamente inteligentes y valerosos, pero no la expresión de una necesidad nacional y de una idea moral.

Naturalmente la situación insular ha traído consigo, desde tiempo remoto, que Inglaterra deba recibir muchas cosas del otro lado del mar; a través de éste no llegaron solamente conquistadores, sino mercancías de todas clases. Largos siglos, sin embargo, este comercio estuvo en manos de extranjeros. Entre los sucesores de Guillermo el Grande fueron los franceses de la Normandía y de la Picardía los que monopolizaron el comercio inglés; luego vino la Hansa alemana y más tarde la llamada Hansa flamenca; Venecia y Génova, cuidaban, según especiales convenios, de todo el comercio mediterráneo, sin que los barcos ingleses sirviesen para nada de intermediarios. Hasta la pesca en las costas inglesas, estaba generalmente en manos de los holandeses, de manera que cuando Enrique VIII se decide a proteger los tímidos ensayos de la primera sociedad de los «*Merchant Adventurers*» y a crear para protegerlos una pequeña marina de guerra, no sabe dónde encontrará marineros, pues entre los ingleses no existían. ¡Para mejorar esta situación difícil se promulgó una ley, bajo su sucesor Eduardo VI, en el año 1549, por la que se obligaba a los ingleses a comer pescado todos los viernes y sábados, así como durante la cuaresma y en todos los días de oración y penitencia, con sanciones pecuniarias! Isabel no dejó de hacer más severas estas medidas para beneficiar la pesca.

Así, pues, en una época en que los italianos, los españoles, los portugueses hacía mucho tiempo que producían generaciones de geniales y heroicos navegantes, medidas coercitivas debían obligar a los ingleses a lanzarse al mar tras de arenques para acostumarles al líquido elemento. (Véase *Cunningham: Growth of English Industry and Commerce.*) Ciertamente que luego todo siguió su curso rápidamente, y aquel *dux* que ponía reparos a los soldados ingleses, aceptó gustoso algunos buques de guerra ingleses, que aunque no eran más que barcos mercantes armados, figuraban en la flota real. Por primera vez en la Historia navegaron en julio de 1518 siete buques de guerra ingleses en el Mediterráneo, como modesto elemento de una potente flota holandesa y veneciana. (*Corbett: England in the Mediterranean.*) Entonces Inglaterra reconoció ya la nueva situación del mundo y la ocasión que se le ofrecía para enriquecerse. Todo lo problemático lo habían hecho ya los demás: el camino del Este y el del Oeste estaban ya descubiertos, el Nuevo Mundo abierto, la India accesible, el contacto con China comenzado; no se trataba, pues, de otra cosa que de poner manos a la obra según la moral mefistofélica:

«— ¿Se pregunta el qué? ¿Y no el cómo? — No debería conocer la navegación: la guerra, el comercio y la piratería son una trinidad inseparable.

Con esto se ha indicado la nueva política de Inglaterra, que entonces comienza: guerra, comercio y piratería.

Tan pronto como Inglaterra se lanza al comercio de ultramar, comienza el odio: precisamente el primero es en contra la Hansa alemana; quien quiera más noticias que busque en Schanz: «*Englische Handelspolitik*» (Política inglesa comercial). Inmediatamente aparece también la piratería; sin declaración de guerra Inglaterra cae, como un buitre, sobre

la española Jamaica, que nada sospechaba, y funda así su imperio colonial de Occidente. Durante mucho tiempo su actividad colonial se limita a la captura en alta mar de los galeones españoles, que volvían a la patria cargados de oro y de géneros de valor. Inglaterra con su navegación crece rápidamente, sobrepasando a las demás naciones y cada vez se hace más grande con su sucesiva aniquilación. La piratería ocupa el lugar avanzado; junto a ella florece el comercio; y cuando no marcha la cosa de otra manera se hace la guerra, pero siempre pensando en la «Island policy», de Lord Bolingbroke.

Primero se alía Inglaterra con Holanda, para aniquilar el imperio colonial de España; luego con Francia, para cortar el nervio de la vida de Holanda: luego comprende lo bien que el gran francés Dupleix ha planteado el problema de la India, le imita, y arroja a los indios contra los franceses, hasta que, como dice Leeley, sin conquista somete el mayor imperio del mundo.

A las puertas del siglo XIX, el suave y a la vez profundo e infalible Kant pronuncia su juicio de que Inglaterra es «el Estado más brutal y más provocador de guerras». Cuán amoral se tornó el pueblo bajo la influencia de este nuevo espíritu lo demostrará un solo ejemplo. ¡Cómo se festejan en las escuelas inglesas los combates que ganó Marlborough con sus soldados alemanes! ¿Cuál fué su objeto y su resultado? ¡Asegurar a Inglaterra el monopolio del comercio de esclavos! Lecky, el autor de la gran «Historia de Inglaterra en el siglo XVIII», dice que después del tratado de paz de Utrecht (1713), el comercio de esclavos constituyó «el centro de toda la política inglesa». Mientras este comercio fué reproductivo, fué hecho por los ingleses; Liverpool, por ejemplo, no se ha hecho grande con su industria, sino con la caza y la esclavización de infelices millones de negros. El patriótico historiador Green da testimonio de ello literalmente: «Las horribles crueldades y la falta de escrúpulos de este comercio, la ruina de Africa y la destrucción de la dignidad humana no despertaron compasión en ningún inglés». Entonces Green pasa a la descripción de los esfuerzos de algunos filántropos; pero éstos no consiguieron nada en muchos decenios; el Parlamento permaneció sordo; los comerciantes se indignaban... hasta el día en que con una nueva situación dejó de parecer beneficioso aquel comercio y entonces, con repugnantes hipócritas protestas de humanidad y de la misión de Inglaterra de ir a la cabeza de los demás pueblos iluminándoles, etc., se abolió legalmente el comercio de esclavos. Es muy satisfactorio para esto tener el claro e inmortal juicio de Goethe: «Todos conocen las declamaciones de los ingleses contra el comercio de esclavos, y cuando tratan de enseñarnos las humanas máximas que les sirven de fundamento, ahora se descubre que el verdadero motivo es un objetivo real, sin el cual ya se sabe que los ingleses no hacen nada, que hubiera debido conocerse antes. En la costa occidental de Africa, los negros son necesitados por ellos en sus grandes posesiones, y el llevárselos de allí es contra sus intereses. En América han fundado grandes colonias de negros que son muy productivas y que cada año prestan una gran contribución de negros. Con éstos cubren las necesidades del Norte de América; y siendo este comercio sumamente productivo, sería muy contrario a sus intereses mercantiles la importación, por lo cual no predicán sin objeto contra el inhumano comercio».

No es posible dentro de los límites de un artículo y además no es necesario, describir como por este camino de la consagración exclusiva al comercio, a la industria y, en general, a la adquisición de dinero, decayó poco a poco la agricultura inglesa. Hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX los tejedores ingleses vivían todavía en el campo en cómodas casas con huertos y campos; hoy únicamente los comerciantes ricos pueden permitirse el lujo de vivir en el campo, pues su cultivo no produce bastante para satisfacer sus necesidades. En el año 1769, con una población total de 8 y medio millones, 2.800.000 se ocupaban del cultivo de los campos y de la cría de ganado; en el año 1897, con una población de 40 millones, trabajan en el campo, en total, entre hombres y mujeres, 79².000. (*Gibbins: The industrial History of England*, 5.^a edición.)

Con esto va junto una profunda transformación de todo el carácter de la población, en sus dos clases; con este cambio la vida y el alma del inglés se fué transformando poco a poco. La antigua Inglaterra había disfrutado durante muchos siglos la inapreciable dicha de no tener que temer a ningún enemigo exterior, y sus pocas guerras las había sostenido con soldados extranjeros. Así podían florecer entonces la agricultura y la vida del campo y, como nos dicen los antiguos poetas y nos lo demuestran con cifras los modernos sabios, no sólo los señores, sino los pequeños colonos y criados estaban mucho mejor que hoy. En toda Europa gozaba Inglaterra de la nombradía del bienestar y de la alegría. A un viajero del siglo xv le llama la atención que los ingleses «están menos oprimidos que los demás por trabajos pesados y que llevan una vida más refinada y más dedicada a los intereses espirituales». Esto se ha transformado totalmente. Sobre los «intereses espirituales» de la Inglaterra actual he dicho ya algo en mi artículo «Libertad Inglesa»; en cuanto a la «*merry old England*» (la alegre vieja Inglaterra), cuyo mayor florecimiento, que todos conocen y aman por Shakespeare y Walter Scott, es en tiempo de Enrique VIII e Isabel, ha desaparecido del todo poco a poco, primero lentamente, luego a gran velocidad y siguiendo, aunque en dirección contraria, paso a paso el desarrollo de la navegación y de la industria. En las novelas del siglo xviii perdura en bochornoso y lúgubre crepúsculo; el genio de Dickens lo muestra, a mediados del siglo xix, todavía en el corazón de algunos cándidos oscuros espíritus, en los que es una cosa entre la caricatura y el melancólico aislamiento y la propia irreal existencia de sombra, lucha con la muerte; hoy ha desaparecido todo rastro: no se encuentra ya en Inglaterra bienestar ni amplio buen humor, ni alegría; todo, en tanto que la vida pública entra en consideración, es odio, dinero, ruido, pompa, tanto por ciento, vulgaridad, arrogancia, desprecio, envidia. Recuérdese la bella vieja fiesta inglesa de Navidad con el adorno de palmas llenas de frutos y las frondosas ramas bajo las que se robaban inocentes besos; por lo menos en este día, hasta hace treinta años, la gente estaba todavía en sus hogares; hoy las salas de todos los gigantescos hoteles londinenses están alquiladas ya muchas semanas antes; junto a un millar de mesas se sientan unas familias junto a otras familias, se come, se bebe y se hace bulla hasta que, a media noche, cesa el común berrear de triviales canciones callejeras por el estilo del repulsivo «*for he's a jolly good fellow*»; después de cuyo festín fraternal, se recogen rápidamente las mesas y entonces todos estos jóvenes y muchachas, que antes no se conocían, se entregan en repugnante promiscuidad al placer de danzas de negros, mientras en los salones contiguos las personas mayores juegan a las cartas; ¡así se celebra hoy en Inglaterra el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo! Y este ejemplo lo escojo adrede entre la gran multitud, porque tal manera de divertirse, exenta por completo de buen gusto, muestra claramente el polo opuesto de la «*merry*». Pues la palabra «*merry*», así nos lo enseña el filólogo americano Whitney, no tiene ninguna germánica emparentada; los anglo-sajones la tomaron para significar el entusiasmo por la belleza campestre, sobre todo de praderas y bosques, de los vencidos celtas, entre los que indicaba «juego de niños»; todavía Shakespeare llama «*merry*» al zumbir de las abejas; desde entonces se amplía la significación de la palabra para designar el gusto por la música, especialmente por el canto, y sólo una tercera fase de la evolución lo amplió hasta significar toda alegría inocente. En esta curiosa palabra tan significativa se reflejaba antes el pueblo inglés. Y yo no creo que ningún inglés, capaz de juzgar serenamente, me contradiga cuanto afirmo: nosotros éramos *merry* y ya no lo somos. Con la completa decadencia de la vida del campo, con la igualmente completa victoria del único dios del comercio y de la industria, Mammon, ha desaparecido la genuína, inocente, deliciosa alegría de Inglaterra. Y esto llama a la memoria de nuevo un antiguo refrán inglés: «*T'is good to be merry and wise*»; lo alegre es también lo sabio; y ciertamente lo triste es también lo poco sabio.

Con exactitud creo que puedo sostener que la catástrofe de la completa decadencia

de la alegría inglesa, de la sabiduría inglesa, de la probidad inglesa (pues también la última era tradicional en anteriores tiempos) debe atribuirse a la circunstancia del cambio hacia la guerra, el comercio y la piratería que realizó este pueblo con su particular y antagónica doble constitución. Toda cultura, religión, escuela, ejército, arte, legislación y costumbres, supone unidad, si han de penetrar en toda la nación de manera que el más sencillo individuo reciba alguno de sus beneficios; lo que con ello se dice lo sabemos bien en Alemania y no necesito describirlo; en Inglaterra no se tiene ninguna idea de ello. Tan pronto como el buen campesino anglo-sajón se transformó en pirata, apareció la bestia rubia, como la entrevió el filólogo alemán en su sueño demente; y tan pronto como el «refinado noble del siglo xv» perdió los «intereses espirituales» y se tornó hambriento de oro, apareció el tratante de esclavos sin corazón, que de sus brutales colegas españoles sólo se distinguió por su hipocresía. Nada hay más rudo en el mundo que un inglés rudo; no conoce freno en su brutalidad. La mayor parte de las veces no es ningún malvado; es abierto y tiene energía y valor; es ignorante como un cafre y no conoce escuela ninguna de obediencia y de respeto; no conoce otro ideal que *«to fight his way through»*, abrirse camino a toda costa. Esta brutalidad poco a poco ha penetrado, de abajo arriba, como siempre sucede, en toda la nación. Hace cincuenta años era todavía una falta contra la dignidad de la clase que un noble se dedicase a la industria, al comercio o a la hacienda; ¡hoy el jefe de la más antigua y grande casa de Escocia, el cuñado del rey, es banquero! Hijos de condes y de duques desaparecen de la sociedad; se pregunta en dónde están: *«Oh, he's making his heap»*, está haciendo su montón, esto es, su millón; en dónde y cómo no se pregunta ni se dice; de momento reaparece hecho un potentado y todo está bien.

Entre tanto en la casta superior se ha impuesto otra especie de brutalidad, que en sus consecuencias políticas es todavía más lamentable; a pesar de que exteriormente siguen siendo buenas las costumbres y la decencia, el compás moral «ha perdido su norte», la tentación del extraordinario poder cimentado en incommensurables tesoros ha sido demasiado fuerte: en la nobleza y en los círculos con ella emparentados no se sabe ya distinguir entre lo justo y lo injusto. El mismo individuo que en su vida privada nunca hizo nada contra la más escrupulosa decencia, comete, para servir a los presuntos intereses de su patria, toda clase de delitos. Nuestros profetas, los Burke, los Carlyle, los Ruskin, han notado desde hace más de cien años la espantosa decadencia del amor a la verdad, ¡un día cultivado en Inglaterra tan santamente! También de esto quiero poner un ejemplo para terminar, pues es imposible extenderse más; el lector podrá juzgar en qué caminos o, mejor dicho, en qué caminos extraviados se encuentra Inglaterra.

El nombre de Warren Hastings es conocido de la mayoría. Siendo todavía un mozallete entró al servicio de la Compañía de las Indias Orientales, llegando a Gobernador general. Sin duda Inglaterra debe su dominio de la India en primer lugar a este hombre, pues él fué quien supo, con ingenio maquiavélico, arrojar unas sobre otras las regiones y tribus, las confesiones y casas reales de la India y, además, sublevarlas contra la concurrencia de los franceses. Al lado de una eminente inteligencia y de una voluntad de hierro, Warren Hastings demostró, sobre todo, que en cosas políticas no conocía escrúpulos. Tuvo que habérselas con tiranos del tipo Sahib, con criminales que se elevaron de las castas más bajas al principado, dominando entonces como bestias feroces sobre los pacientes indios, con toda clase de princesas-harpías, que guardaban sus hijos en calabozos para poder chupar más largo tiempo la sangre de su pueblo, en una palabra, con la peor escoria de monstruos asiáticos que cayeron sobre la pobre India. Ciertamente los medios suaves no estaban en su lugar, y si la Compañía o el Gobierno inglés, que se escondía detrás de ella, hubiesen acudido enérgicamente a la fuerza de las armas, hubieran dado cima a una noble acción. Pero de esto no se trataba. El Gobierno no pensaba en ayudar con dinero o con hombres, y la sociedad no quería aumentar los gastos, sino, por el contrario, multi-

plicar los ingresos. Y para ello Hasting se unió una vez con un príncipe indio, otra vez con otro, no preguntó nunca por el derecho o la justicia, protegió siempre al mayor bribón entre los usurpadores, mientras mejor podía ser útil a los intereses de su Compañía y con ello, como él creía, a los de Inglaterra. Sobre todo se necesitaba dinero; pues ¿cómo debía, de lo contrario, equipar y sostener un ejército? La India debía pagar su propia sumisión al yugo. Y así buscó Hastings entre los príncipes rivales aquellos que le prometieron mayores sumas, y a éstos los protegió con todos los medios que podía tener en sus manos un europeo. Así consiguió doblar los ingresos de la Compañía de las Indias Orientales. Pero ¿cómo fué esto posible? ¿Cómo pudieron dichos príncipes proporcionar tan grandes sumas y procurar tan numerosos soldados? Esto sucedió con crueldades tan horrosas que el mundo no conoció nada semejante hasta que los dulces belgas ocuparon el Congo; crueldades que echaron eterna vergüenza al concepto de humanidad, pues no hay bestia que las imaginase ni demonio que las practicara en seres inocentes.

En 1786 el gran Burke, que se hubiera ya hecho inmortal con esta sola acción, entró en escena y decidió con su elocuencia al Parlamento a presentar acusación contra el hombre que era una ignominia para el buen nombre de Inglaterra. Cuando el asunto se llevó a la Cámara de los Lores, como superior instancia, Burke habló seis días, fundamentando la acusación en todas sus particularidades, y terminó con estas palabras: «Acuso a Warren Hastings en nombre de las eternas leyes de toda justicia, le acuso en nombre de la naturaleza humana, que ha cubierto de ignominia». Diez años se arrastró el proceso, o sea se le puso trabas con todos los medios y estratagemas jurídicas. Es fácil figurarse cómo demoraron y entorpecieron la toma de declaraciones y el procedimiento en general, la distancia, entonces más sensible, a que se encontraba la India y cuánto favoreció esto a Hastings y a la Compañía. Siempre se repetía: «Sí, ha aumentado los ingresos de 3.000.000 libras esterlinas a 5.000.000; ¿qué queréis más?» Y todavía hoy se encuentran en casi todos los libros ingleses estas cifras; con ello se cree justificado a Hastings. Además, fué el inventor del infame comercio del opio; ¿debía ser castigado un genio semejante? Pitt, que conoció las actas, como primer ministro dijo: «Sólo hay un medio: la razón de Estado». En una palabra, Hastings fué absuelto. Burke, en el último de sus discursos forenses, en su heroica tentativa de procurar el triunfo de la buena causa (muchas veces cayó desmayado de agotamiento), pronunció estas palabras eternamente memorables: «Lores: si cerráis los ojos a tamañas vergüenzas, hacéis de Inglaterra una nación de encubridores, una nación de hipócritas, una nación de embusteros, una nación de fulleros; el carácter de Inglaterra, carácter que, más que nue tras armas y más que nuestro comercio, ha hecho de nosotros una gran nación, se pierde para siempre. Es cierto que conocemos y sentimos el poder del dinero; pero contra él elevamos apelación a Vosotros, para que hagáis justicia, para que salvéis nuestras costumbres y nuestras virtudes, para que protejáis nuestro carácter nacional y nuestra libertad!»

El día en que Warren Hastings fué absuelto, el 23 de abril de 1795, es uno de aquellos días de que hablaba al principio de este artículo, en los cuales se cruzan la historia y el carácter, haciendo posible penetrar en lo más recóndito de éste. La nueva Inglaterra, en germen existía desde hacía mucho tiempo, estaba terminada del todo. Hastings no se había enriquecido personalmente; como hombre privado no había engañado a otros individuos particulares, acaso en su vida había matado a una mosca; pero en interés de su patria, esto es, de su poder, de su riqueza, no retrocedió ante ninguna mentira, ante ninguna alevosía; traicionó a los que se confiaron a él, no protegió a los inocentes y sentó en el trono a criminales; permitió que otros hombres cometiesen crueldades de la peor especie, ante las que sólo se volvió de espaldas, sin que quisiese oír hablar de ello y destituyendo a funcionarios ingleses que daban noticia de ello indignados.

Como se ve, con la nueva Inglaterra se formó también el tipo del moderno estadista

inglés. Uno de estos hombres es Sir Edward Grey: desde muchos años preside constantemente conferencias para la paz, con el solo objeto de que no deje de tener lugar la guerra proyectada; desde muchos años busca la «aproximación» a Alemania, para que rectos estadistas y diplomáticos alemanes no noten los planes de una decidida guerra de ariquilamiento; el Emperador de Alemania, en el último momento, consiguió alejar el peligro de la guerra; Grey, el apóstol de la paz, lleno de unción, sabe mezclar las cartas de tal modo que no hubo manera de evitarla; antes Inglaterra había abominado del regicidio; ahora que ha tenido lugar lo más inaudito, o sea que funcionarios públicos en servicio activo y oficiales lo preparasen y que un heredero del trono hiciese matar al heredero del trono del país vecino, no se pronuncia ni una palabra de horror, sino que Grey descubre la misión de Inglaterra de «amparar a los pequeños Estados»; el gobierno inglés que hizo transformar a Amberes en la fortaleza mayor del mundo, precisamente en la «neutral» Bélgica, en 1913 manda municiones inglesas a Maubeuge; la convención militar con Francia y Bélgica para la invasión de Alemania por el Norte está en el bolsillo de Mr. Grey; todos los detalles del desembarco, del transporte, etc., están en tinta negra sobre el blanco papel, y así y todo sabe arreglar las cosas de manera que Alemania es la que, en apurada necesidad (hoy sabemos bien que de lo contrario hubiéramos estado perdidos), «viola la neutralidad»; por vez primera en la Historia del mundo toda la flota inglesa se moviliza a primeros de julio, pero tan sólo para unas inocentes maniobras en presencia del rey; además, precisamente en la época prefijada del asesinato de Francisco Fernando, se arregla una amigable visita de los buques de guerra a Kiel, pues los otros intentos de espiar los puertos de guerra habían fracasado...

Esta es la actual Inglaterra política, como Burke la predijo: encubridores, hipócritas, embusteros, fulleros. Más amargamente se consuela Ruskin: «No nos ocupemos de esta Inglaterra; dentro de cien años será contada entre las naciones muertas». Tampoco creo en la extraordinaria fuerza de Inglaterra de la que tanto se habla; la verdadera fuerza sólo crece con lo moral; el inglés, individualmente, es fuerte e inteligente, el Estado «Inglaterra» está corrupto hasta los huesos; sólo falta que se le sujete.

En cambio Alemania está constituida de tan diversa manera, que Inglaterra, la Inglaterra política actual, hace años que no la comprende y que siempre se engaña al juzgarla. Temo que en lo sucesivo siga ocurriendo lo propio, lo cual sería terrible. Por esto he debido tener yo, un inglés, el valor de dar testimonio de la verdad. A todos nosotros sólo puede salvarnos una fuerte, victoriosa y sabia Alemania.

Bayreuth, 9 octubre de 1914.

La neutralidad y los norteamericanos

POR O. SPERBER, NUEVA YORK

LAS grandes cantidades de todo género de material de guerra con que aprovisionan los americanos a Inglaterra, Francia y la misma Rusia, despierta recuerdos de la conducta que el Norteamérica observó durante la guerra franco-prusiana de 1870-71. También entonces los Estados Unidos habían declarado solemnemente su neutralidad, lo que no fué obstáculo para que gobierno y fabricantes vendiesen gran cantidad de armas a Francia. La protesta enérgica de los ciudadanos de procedencia alemana llamó al gobierno al orden. Pero esta protesta fué callada, y el mismo Karl Schurz tuvo que conformarse con una declaración, del gobierno de entonces, puramente formal. Parecidas circunstancias, aunque mucho más graves para Alemania, concurren ahora. Las fábricas

americanas de armas, municiones y equipos militares, que aprovisionan desde el comienzo de la guerra a Francia, Inglaterra y Rusia, tienen en primer término la culpa de que los enemigos de Alemania puedan con facilidad substituir con nuevo material de guerra el perdido. Fácilmente se puede comprobar que ni las fábricas de Francia, ni las de Inglaterra, y menos las de Rusia, son bastante productivas para proveer al ejército con la suficiente cantidad de municiones. La importancia de los aprovisionamientos de material de guerra, la especifica una publicación de las Cámaras de Comercio de Nueva York, que calcula la exportación de armamentos hasta fin del año 1914 en 500 millones de dólares (según otro conducto se dice que importa el doble). Pero no se contentaron los americanos con los envíos de material de guerra; también prestaron a los aliados, y principalmente a Francia y Rusia, su ayuda financiera.

Cierto es que el Presidente Wilson declaró solemnemente el 5 de agosto de 1914 la neutralidad de los Estados Unidos, y anunció en la proclamación «que las relaciones con todas las potencias beligerantes eran amistosas, y que los Estados Unidos están obligados por leyes y convenios a guardar imparcial neutralidad». Pero, a pesar de esta declaración de neutralidad, el presidente Wilson y sus ministros creen hoy día lícito la exportación continua de armamentos, aunque saben que éstos son de provecho únicamente para los enemigos de Alemania. Habla por sí la declaración del subsecretario del Estado Kausing, que reemplazaba a Bryan, dada ya en el mes de octubre del año pasado: «Cada uno de los beligerantes es de igual interés para nosotros. No es culpa nuestra si una u otra potencia no puede comprarnos hoy día material de guerra por no poseer medios seguros de transporte, pues el gobierno norteamericano no tiene por qué ocuparse de esta circunstancia».

Esta declaración no admite duda sobre el punto de vista, desde el cual miró el gobierno norteamericano y mira hoy día todavía la cuestión de la exportación de armas. En sentido parecido habló el embajador norteamericano en Berlín e hizo publicar su opinión en *Münchener Neueste Nachrichten* a fines de noviembre de 1914.

Dice en ella el embajador Gerard:

«Jamás puede prohibir el gobierno de los Estados Unidos la exportación de tales mercancías (material de guerra), porque no puede ejercer vigilancia sobre la venta de los productos del país. Cuando los Estados Unidos, durante la última revolución, desembarcaron tropas en Méjico, un vapor alemán, el «Kronprin Vzessin Cecilie», era el que traía armas destinadas a los rebeldes.»

Los dos argumentos del embajador no corresponden a la verdad. Los hechos son completamente distintos.

El 14 de marzo de 1912, el presidente Taft decretó que la exportación de armas, municiones y demás material de guerra de los Estados Unidos a Méjico, quedaba estrictamente prohibida. Sólo en febrero de 1914 fué anulado este decreto. Esto contradice en absoluto las afirmaciones del embajador Gerard.

Además, es un hecho bien conocido que el gobierno norteamericano ha ejercido el derecho de prohibir la exportación de material de guerra siempre que así le ha convenido. Los gobiernos y revolucionarios de los Estados de Sur y Centro-América, han experimentado bastante los efectos de dicha prohibición.

Lo que se refiere al aprovisionamiento de los revolucionarios en Méjico, con armas, sabe muy bien el embajador americano, que estas armas fueron compradas, mucho antes de la ocupación de Veracruz por Norteamérica, por el gobierno oficial del presidente Huerta, al cual eran destinadas, y cuyo gobierno fué reconocido por todas las potencias europeas; teniendo, por consiguiente, el derecho de adquirir armamento en el extranjero. Pero, al mismo tiempo, merece ser mencionado que, a pesar de esto, los americanos quisieron confiscar el cargamento; y sólo la intervención diplomática de la legación alemana en Washington, pudo conseguir justicia para el comercio alemán.

En cambio, no encontraron nada de particular en suministrar a los adversarios de Huerta — los revolucionarios —, bajo el mando de Carranza y Villa, no sólo armamentos y dinero, sino también (hecho comprobado por el gobierno mejicano) tropas para sostener la revolución. Con esto quedan refutados los falsos argumentos del embajador Gerard. En general, no se puede por menos que acusar al gobierno norteamericano de arbitrariedad e inconstancia en este asunto de la venta de material de guerra.

Una acción muy perjudicial para Alemania, inmediata al estallar la guerra, fué, que el gobierno de la Unión prohibió la comunicación de las estaciones radiotelegráficas de Tuckerton y Sayville con Alemania. La completa interrupción de las comunicaciones radiotelegráficas al principio de la guerra, y más tarde la censura establecida por los americanos sobre estas comunicaciones con Alemania, debe considerarse como una injusticia partidaria; mucho más, teniendo en cuenta que los cablegramas entre América e Inglaterra, y aun el Canadá, no sufrieron ninguna censura, a pesar de que fueron teleografiadas al Canadá noticias destinadas a buques de guerra ingleses, que en seguida eran transmitidas por radiogramas, y probablemente hoy día serán aún transmitidas así.

Todavía no se puede precisar, si fué una simpatía demasiado grande para Inglaterra o malos consejos de sus ministros, lo que indujo al presidente a tomar estas medidas, que están en abierta contradicción con los intereses de Alemania, y que no están prescritas, ni por las circunstancias, ni por tratados o leyes. Wilson sometió a la censura los telegramas alemanes, y encomendó este trabajo a la oficina de la dirección de la armada, de modo que ninguna noticia de algún valor militar podía ser transmitida. La intención era de privar, en primer lugar, a los buques de guerra alemanes que estaban en aguas americanas, de todas las noticias que pudiesen tener alguna importancia para ellos. Pero fué probado al presidente Wilson, que ninguna ley le autorizaba para vigilar radiotelegramas u otras noticias; pues en el segundo convenio de la Haya fué expresamente acordado que ningún gobierno tendría derecho para prohibir o vigilar las comunicaciones por telegrafía con o sin hilos. En todo caso, es extraña y muy típica la inconstancia del gobierno norteamericano, que prohíbe mandar telegramas que se refieran a asuntos militares y, en cambio, admite, sin protesta alguna, que vapores con cargamentos enteros de material de guerra salgan del país.

Por otra parte, también se han comprobado casos de que, buques de guerra ingleses, han encargado carbón y víveres en Nueva York por radiotelegramas, los que recibieron siempre, cerca de Nueva York, fuera de la zona neutral. En uno de estos casos se pudo comprobar, sin lugar a dudas, que el vapor inglés «Olympia», anclado en el puerto de Nueva York, había jugado el papel de agente y comisionista. Del mismo modo representa una abierta violación del derecho de gentes, por parte inglesa y norteamericana, el repetido uso de la estación radiotelegráfica de Nueva York por los buques de guerra ingleses, sin que nunca se supiera que las autoridades responsables hubiesen sido llamadas al orden y menos que hubiesen sido castigadas.

Estos hechos han sido criticados y condenados duramente, no sólo por alemanes o germanófilos, sino también por norteamericanos totalmente independientes y de descendencia inglesa, como lo prueba un discurso público que pronunció en Filadelfia el anterior secretario de Estado Philander C. Knox, el 17 de octubre de 1914. Dijo así el orador:

«El terreno en el que el gobierno cree haber llegado a la mayor perfección, es el del mantenimiento de la neutralidad durante la actual guerra europea; y, sin embargo, nuestra conducta se acerca más bien a una acción abiertamente partidaria. Al estallar la guerra, tomábamos medidas respecto a las estaciones radiotelegráficas alemanas de nuestro país, que, considerando las reglas y los principios de las leyes internacionales, carecíamos de motivos para ello. En efecto, sellábamos las estaciones alemanas, y por una combinación casual, fueron cortados al mismo tiempo todos los cables que unían a Alemania

con Norte-América. Así, quedó aislada Alemania, mientras los aliados disponían de líneas de comunicación entre América y Europa, que funcionaban espléndidamente. Yo no quiero creer que procedimos así por parcialidad o con la intención de favorecer a los aliados; pero no se puede negar que, en la situación creada por nuestros procedimientos, existe mucho que justifica las acusaciones del gobierno y pueblo alemán contra nosotros.»

También los violentos ataques dirigidos contra el gobierno norteamericano, en el Senado y en el Congreso, demuestran que en todas las regiones de la sociedad y del pueblo se condena su conducta. El senador Hitschcock y el miembro del congreso, Man, criticaron agriamente al gobierno y presentaron una proposición de ley que debía prohibir en absoluto la exportación de material de guerra. Naturalmente, el secretario de Estado, Bryan, se defendió contra estos ataques con su habitual maestría de réplica; pero así como no pudo rechazar éstos, tampoco pudo desvanecer los argumentos arrojados contra él, de que, a pesar de sus constantes retóricas pacifistas, había conseguido que Méjico casi se ahogase en un mar de sangre. No puede tampoco negar el gobierno norteamericano que, en varias ocasiones, prohibió, por iniciativa del embajador británico en Washington, que saliesen vapores de puertos americanos con el pretexto de que habían cargado carbón y víveres para los cruceros alemanes en aguas sudamericanas. El arresto del vapor «Matatlan», en San Francisco, y de dos vapores noruegos en Filadelfia, son pruebas suficientes.

También es cierto que el embajador alemán en Washington protestó formalmente ante el gobierno americano de la venta de material de guerra; pero la protesta fué rechazada con la justificación de que el gobierno no puede intervenir en la cuestión de la exportación de material de guerra sin perjuicio de la industria del país. Es de suponer, como seguro, que la acción entablada contra la exportación de material de guerra americano, por los americanos de origen alemán y por irlandeses, correrá la misma suerte. De esto se encargarán los capitalistas grandes que están interesados en el negocio. Muy significativa es la conducta personal del presidente Wilson. Al principio del mes de septiembre, ya invitaba en una publicación especial al pueblo americano, a frecuentar más las iglesias y rogar por el pronto restablecimiento de la paz europea. Pero, al mismo tiempo, no hacía nada para impedir que se remitiera a los adversarios de Alemania el material de guerra suficiente, que les hace posible, el prolongar mucho la guerra. También los fariseos de América, que al principio de la guerra se precipitaron con furia inusitada sobre Alemania y la insultaron en todos los tonos, porque el ejército alemán destruía, en la lucha por la existencia de Alemania, pueblos belgas y franceses, hoy día no encuentran nada de particular en el hecho, de que son vendidos a los adversarios de Alemania cañones y demás material de guerra por precios sumamente elevados, para que estén en condiciones, especialmente los ingleses, de reducir a ruinas las ciudades de la costa belga, a pesar de no tener valor militar.

A nadie en Alemania se le ocurrirá negar al comercio de los Estados Unidos el derecho de facilitar material de guerra a los estados beligerantes. Pero, en la actual circunstancia, en que la situación geográfica de Inglaterra le permite registrar y detener en el Canal todos los aprovisionamientos destinados a Alemania, no es posible hacer entrega de éstos a Alemania, ni es intentado tan poco por los americanos. La venta de material de guerra a los aliados representa, pues, un apoyo parcial a ellos, perjudicando a Alemania; y está en abierto contraste, no sólo con la neutralidad, como la exigió el presidente Wilson en su edicto de octubre, sino también con los principios del «fair play», que, por lo general, observa tan estrictamente el americano. Como sólo por estas ventas de material de guerra, están nuestros enemigos en condiciones de sostenerse con tenacidad no disminuída, nos vemos obligados, para guardar nuestros propios intereses, a buscar medios para impedir este brillante negocio de los americanos. Los Estados Unidos no deben quejarse si proce-

demos así. Los fabricantes saben que lo que remiten a los aliados, es contrabando de guerra, que sería confiscado por ellos si fuese destinado para Alemania.

En primer lugar, habría que tener en cuenta para este objeto, los submarinos, o, eventualmente, los cruceros aéreos, para molestar con ellos los buques mercantes en las costas inglesas. Algunos éxitos buenos de éstos, como sería la destrucción de buques mercantes que traen material de guerra y víveres, de América a Inglaterra, harían subir a tal extremo los fletes y seguros marítimos, que bien pronto quedaría paralizado el comercio. Las hazañas de los submarinos alemanes, hasta hoy día, ya han causado un alza considerable de fletes y seguros. Por ello tuvo que pagar el vapor inglés «Lusitania» en su último viaje a Nueva-York, sólo en seguros, por el valor de 10.000.000 de dólares, y un premio de 50.000 dólares para tres semanas. Además, era condición precisa que el vapor fuera acompañado por buques de guerra británicos. En realidad, se ordenó que los cruceros «Gloria», «Lancaster» y «Suffolk» acompañasen al «Lusitania» hasta América. Con esto queda comprobado que existen para Alemania medios para defenderse contra la neutralidad muy problemática de los Estados Unidos. En todo caso, sólo un procedimiento enérgico y sin consideración será capaz de destruir y vencer la conspiración del maritismo inglés, del chauvinismo francés y del absolutismo ruso en unión con el capitalismo americano.

No existen otros medios menos violentos para alcanzar este objeto, porque no es de esperar que una protesta enérgica contra Inglaterra, por las constantes molestias de la navegación y del comercio neutral, pueda acarrear otras ventajas de importancia a Alemania. Las protestas formuladas hasta hoy día, tanto en Washington como en Londres, incluso, la última, casi violenta, han sido acalladas, y han causado a los británicos una risa apenas visible. No hay que admirarse por eso, porque bien sabido es en Londres, que Wilson y Bryan han escrito en su bandera «Paz a toda costa» y no dejarán de cumplir esta máxima. Lo que consiente Norteamérica, casi sin protesta, a Inglaterra, lo comprueban los siguientes hechos:

Ni en Inglaterra, ni en las posesiones británicas, son respetados ciudadanos americanos ni sus pasaportes, si casualmente tienen un apellido alemán. En Londres se encuentran muchos de éstos como prisioneros de guerra. En Kingston (Jamaica) tuvieron preso durante quince días a un americano de nacimiento, que se llamaba Sigismund von Bruhn, y fué desterrado en seguida. El nombrado era un conocido comerciante de Kingston, que vivía allá desde hacía varios años. Sus quejas justificadas y demandas de indemnización no fueron aceptadas por el Departamento de Estado en Washington. También la circunstancia de que Norte-América permite a los barcos de guerra ingleses el registrar los buques que salen de puertos americanos, a la vista de la costa americana, considerando como sospechosas hasta las pasajeras, que son molestadas e interrogadas como si fueran espías, demuestra que el gobierno americano actual no piensa obligar a Inglaterra por una conducta enérgica, a que respete su soberanía y sus derechos, o, al menos, se siente incapaz para tal acción.

Nueva York, febrero 1915.

La fuerza alemana

POR ALFONSO GALÍ

SON tantísimos los falsos conceptos que a diario se formulan en nuestros periódicos contra Alemania, que no hemos podido sustraernos al deseo de contribuir con nuestro humilde grano de arena, a la hermosa y laudable obra que viene realizando GERMANIA.

Nuestras constantes relaciones comerciales con las diferentes naciones de Europa, y muy en particular con Alemania, nos han dado una verdadera idea de la manera de ser de cada una de ellas, y elocuentes ejemplos, han inyectado en nuestro espíritu una gran admiración por el pueblo alemán, al cual debemos mucho la humanidad toda.

No solamente en las ciencias y en las artes ocupa este pueblo el primer lugar en el concierto mundial, sino también en la industria y en el comercio. Donde la industria y el comercio son florecientes, paralelamente crecen y se desarrollan las ciencias y las artes. Y eso es lo que ocurre en Alemania.

¿Quién negará que Alemania, en pocos años, ha conquistado el mercado mundial: pero no con la fuerza de las armas, como lo ha hecho Inglaterra en la India, en Egipto y en el Transvaal, sino a fuerza de estudio y dando toda clase de facilidades al comerciante? ¿Y cómo este pueblo ejemplar se ha introducido comercialmente en todas las partes del mundo? Por el estudio. Los viajeros que las casas alemanas mandan a ofrecer sus creaciones por todos los ámbitos de la tierra, la mayoría de ellos son poseedores de tres o cuatro idiomas, hablados casi a la perfección. Estos, al **hacer** una región, cuidan siempre no solamente de saber el idioma que en ella se habla, sino también de estudiar las necesidades, los gustos y la manera de ser de sus habitantes. Hemos visto viajante alemán que al cabo de unos cuantos años de venir a Barcelona, no tan sólo comprende el idioma regional, sino que lo habla. Muy al contrario pasa con los viajeros que nos mandan nuestra vecina Francia y nuestra tutora Inglaterra, quienes, casi la mayoría, hablan únicamente su propio idioma; por esta razón se ha dado el caso varias veces, de casas inglesas valerse de viajeros alemanes para introducir sus artículos.

El comercio alemán se distingue, además, por la rapidez en servir sus productos y en la atractiva presentación de los mismos. Las casas atienden inmediatamente a sus compradores, tanto en sus órdenes como en sus quejas. Y, por último, el crédito que conceden, da la mayor facilidad para introducir sus artículos. ¡Cuántos y cuántos comerciantes hay en España que han crecido gracias al crédito concedido por las casas alemanas! Rara vez se ha visto de casa alemana, como ocurre con las casas inglesas, que haya cargado interés por el retraso en el pago de uno de sus créditos. Cabe consignar aquí el caso de un industrial catalán, quien nos explicaba que el éxito de su difícil y atrevida empresa, lo debe todo al crédito que le concedió una importante casa alemana. Nos decía que, después de haberse procurado, pagando a plazos, el torno, herramientas y material para construirse, él mismo, una máquina, la citada casa le suministró, a pagar su importe a los seis meses, la materia prima para fabricar el artículo, de modo, que antes de haber transcurrido este plazo, daba nuevo encargo, teniendo ya cobrado el importe del género fabricado con el primero.

Ahora mismo, en la actual conflagración, muchísimas son las casas francesas e inglesas que no han querido librar los encargos, sino pagando su importe por anticipado o contra entrega de conocimiento. Por el contrario, las casas alemanas han continuado expidiendo en la misma forma de antes. Esto demuestra la fuerza de esta gran nación, que quisiéramos sirviera de ejemplo a nuestra Cataluña y a España entera.

La paz se aleja cada vez más

POR RAFAEL RASOLDEL

HAY que tener presente que esta gran guerra es una lucha de vida o muerte entre dos Potencias igualmente grandes y poderosas, porque las demás naciones que guerrearán, son comparsas de este macabro baile.

Inglaterra ha dicho: «En esta guerra vencerá el que tenga el último hombre y posea el último chelín», y a su vez Alemania sostiene: «Londres será atacada por nosotros». Este es el verdadero dilema, planteado sin retóricas ni eufemismos, y la paz, que en enero y sobre todo el mes de febrero se veía inmediata, hoy se aleja rápidamente.

La Historia nos enseña que la duración de las guerras está en razón inversa de los contingentes que en ella toman parte. Es decir, a más hombres, menos tiempo, y no existe nación, por poderosa que sea, que pueda soportar un esfuerzo gigantesco — como ahora acontece — por tiempo indefinido. A la guerra de cien años, sucedió la de treinta, y a ésta la de siete, y después las campañas relámpagos napoleónicas.

El capitán general de San Petersburgo ha prohibido la propalación de rumores sobre las pérdidas rusas, y a la prensa la ha amenazado con la supresión del diario en el caso que digan algo de este particular.

Las pérdidas sufridas en Rusia de oficiales, ascienden al 60 por 100. Hay regimientos que de 75 oficiales, quedan 12, y en otros solamente cuatro. En todas partes domina el deseo de que termine la guerra cuanto antes, mas esto no se puede decir entre personas de mucha confianza, porque las prisiones están llenas de gentes pacíficas, que no han cometido más delito que expresar en alta voz su modo de ver la situación de la patria. Los periódicos están amordazados, e inútil, por lo tanto, leer la prensa. El periódico «*Utro Rossijs*» ha sido castigado con una multa de 3.000 rublos por un artículo favorable a Polonia, en el cual se comentaba su porvenir. Todo intento de sublevación, por fútil e insignificante que sea, es castigado con fusilamiento dentro de las veinticuatro horas. El cólera hace horribles estragos entre las tropas rusas en Polonia y Galitzia, a pesar de que el gran duque Nicolás ha declarado que esa enfermedad no existe en el ejército.

Mientras dure la guerra, no es de temer que se produzcan disturbios interiores; pero es muy probable que los habrá cuando acabe la guerra, sobre todo si su resultado fuese desfavorable para Rusia.

La explotación de carbón en la región del Don ha disminuído en un 30 por 100, debido a la falta de brazos, y su precio ha subido de un modo considerable, por la razón anterior y la gran demanda.

El Ayuntamiento de San Petersburgo ha tomado medidas para remediar la carestía de materias combustibles y especialmente la falta de carbón. Mensualmente se necesitan mil trescientos vagones de carbón, mientras que en febrero sólo fueron suministrados noventa y seis vagones.

La escuadra del mar Negro, que no puede hacer uso de los carbones del territorio del Don, y siempre empleaba carbones ingleses o de la Silesia, se encuentra desde hace tres semanas sin combustibles. Actualmente se discute sobre el empleo del petróleo y sobre la posibilidad de transformar a este fin las calderas de combustión.

En Varsovia se reunieron los fabricantes de paños y dirigieron un mensaje al gobierno en súplica de que se tomen enérgicas medidas para la importación del algodón, porque éste se ha encarecido mucho; en vista de su escasez, y si esto no se remedia, no podrán los fabricantes hacer los suministros para el ejército.

Los artículos de primera necesidad, especialmente la manteca, harina de centeno y avena, han subido un 40 por 100, y otros alimentos hasta el 60 por 100.

En el *Nowoje Wremja*, periódico ruso, completamente enemigo de Alemania, en un artículo de fondo refuta a Menschikow el criterio tan generalizado de que Alemania puede ser vencida por hambre. «Alemania — dice — posee muchos kilómetros de territorio ruso, y no es de suponer que esté dispuesta a firmar una paz desfavorable. Alemania desarrolla gran energía, y por esto contra las creencias de los estadistas franceses y moscovitas, sólo puede ser vencida en el campo de batalla».

Las ciudades rusas están llenas de innumerables folletos de propaganda a favor de la paz, en los que piden al pueblo que se una a los partidarios de la paz, porque la guerra es un crimen de lesa humanidad y su continuación es completamente inútil, porque los ejércitos rusos no pueden vencer a los alemanes y austro-húngaros.

Consecuencia de estas propagandas, es que hasta el 1.º de marzo pasaron la frontera rumana 12,780 desertores rusos, que fueron entregados a las autoridades.

Pero desde esa fecha el número de desertores ha aumentado de un modo extraordinario.

Las autoridades han recibido orden de destruir esos folletos y someter a un Consejo de guerra a los que se dediquen a repartirlos.

En vista de lo anterior, al iniciarse las negociaciones de paz—el Zar la desea ardientemente—Rusia vaciló, y en la lucha sostenida entre los dos partidos, venció el de la guerra, que acaudilla el gran duque Nicolás.

En el ánimo de todos está el convencimiento de cómo se halla Francia interiormente: sin hombres, municiones, ideales, etc. Los ataques de Soissons y la Champagne han resultado verdaderos desastres; y a propósito del modo de pelear de los franceses, escribió Maquiavelo hace tiempo: «Los franceses son más bien de naturaleza violenta que vigorosa, y si se logra repeler su primer ataque, se les puede fácilmente vencer. No pueden soportar las fatigas y privaciones, y por esto descuidan el servicio después de algún tiempo, de tal forma, que se les puede atacar en el desorden y vencerlos. Así, pues, quien quiera vencer a los franceses debe guardarse de su primer ataque, porque si consigue detenerlos, vencerá». César dijo: «Los franceses son al principio mucho más que hombres; al final, mucho menos que mujeres». En efecto, en el trascurso de esta guerra, hemos observado, en repetidas ocasiones, que una vez los franceses han atacado vigorosamente, ceden en seguida al contraataque alemán, perdiendo siempre mucho más terreno que al iniciar la ofensiva.

El número de desertores es tan grande, que en la pequeña población italiana de San Remo hay 740, casi todos de la mejor sociedad francesa, los cuales han alquilado hoteles particulares y han hecho venir a sus familias de Francia.

La policía de París ha detenido a cinco individuos, los cuales fabricaban una substancia que, a poco de tomarla, producía palpitaciones, y de este modo eran declarados inútiles los hombres sujetos al servicio militar, al presentarse al reconocimiento.

A cada paso hallamos en las esquelas mortuorias de los franceses muertos en campaña la conmovedora expresión de «nuestro único hijo». Un indecible dolor paternal se desprende de estas palabras. Lo que era el orgullo del apellido, el mantenedor del nombre en lo futuro, lo que era la esperanza que había de transmitir a las generaciones venideras la familia y sus bienes ha sido arrebatado. ¡He ahí perdida la ilusión de una familia! Es un dolor terrible para los padres perder uno cualquiera de sus hijos; pero es mucho más dolorosa la pérdida cuando se trata del hijo único. Junto a este dolor privado se produce también un déficit para Francia, que costará mucho tiempo reponer.

La guerra es ya impopular en todo el Sur de Francia. Se habla de ella como si fuera un acontecimiento que estuviese lejano y de una cosa desagradable, la cual debe de ser solucionada cuanto antes, porque dificulta la vida cotidiana, escasean los elementos de vida y los víveres suben de precio.

Además, los políticos de la «revanche», por temor a la rendición de cuentas una vez terminada la guerra, han cometido un delito de lesa patria, porque han pospuesto sus propios intereses a los británicos; han desoído los buenos consejos de las naciones neutrales que les inducían a firmar una paz honrosa, y estimando, por otra parte, la actitud conciliadora de Alemania como signo de evidente debilidad de ésta, echándose las de listos, quisieron explotarla, y, por lo tanto, fracasaron los preliminares de una paz por todos ansiada.

En Inglaterra, por término medio, han subido los precios de los víveres en el comercio al por menor, del 4 al 5 por 100 y del 10 al 14 por 100 el pan y la harina. Un saco de harina, para hacer pan, cuesta ahora 54 chelines, y a mediados de julio del año pasado su precio era de 26 chelines.

El alza tan enorme que han sufrido los carbones, obligan a apagar los altos hornos de hierro de Escocia.

Más que todos los datos que pudiéremos dar de Inglaterra, nos lo revela el discurso pronunciado recientemente por Lloyd George, en Bangor, dirigido a los trabajadores. «¡Si nos abandonáis, Inglaterra va a la ruina! ¡Ni más ni menos! La existencia de Inglaterra está sobre el tapete. El ejército alemán ha clavado sus garras como bestia salvaje en el cuerpo de Francia y todo intento de expulsión arranca un pedazo de vida a ese hermoso país. El ave de rapiña no ha saltado todavía a nuestras costas; pero ¿de qué nos sirven los dos millones de hombres que hemos reclutado y los veinte millones — el doble que nuestros enemigos — con que podemos y debemos contribuir, si no nos es posible equiparlos?

«Esta guerra no se gana en el campo de batalla, sino por los trabajadores en las fábricas. En Alemania unen sus fuerzas patronos y obreros en bien de la patria, mientras que vosotros discutís aumentos de jornales, queréis trabajar sólo cinco días a la semana, y cuando entráis a trabajar resultáis completamente inútiles, porque os tiene dominados el alcohol. ¡La suerte de Inglaterra no puede depender de esto! Vuestra afición a las bebidas alcohólicas perjudica mucho más a Inglaterra que todos los submarinos alemanes. Tenemos que vencer y podemos. Quizá penséis que digo cosas que debería ocultar al enemigo; podéis tener la seguridad de que lo sabe todo, y que yo no quiero ocultar al pueblo cosas que debe saber. Una nación que no puede soportar la verdad, no tiene virilidad para la guerra. No somos un pueblo cobarde; apelamos a la colaboración de patronos y obreros y del público; nos estamos burlando de cosas alemanas que debieran asustarnos. Ved cómo hacen los alemanes pan de patata. Yo sólo os digo que este espíritu frente al pan de patatas, merece más temor que burla. Yo le temo más que a la enérgica estrategia del general Hindenburg. Creo que nos anima el mismo espíritu, pero la generalidad de los ingleses está exenta de heroísmo, y yo les invito a seguir el ejemplo de sus enemigos.»

El *Daily Mail*, hablando de la duración de la guerra, afirma que la verdadera lucha sobrevendrá si los aliados tienen la suerte de hacer retroceder a los alemanes hasta su propio territorio. Entonces empezará una guerra dura y larga, que exigirá de cada una de las potencias de la «Entente» sacrificios enormes y un esfuerzo inmenso.

Seguramente, escribe de esta manera el diario inglés, porque Londres aun no ha oído el estampido del cañón, y por ello piensan que la guerra ha de ser larga. Si les preguntan su opinión a los pueblos inmediatos a la línea de fuego, y aun a las naciones donde se sienten los horrores de la guerra, será diametralmente opuesta a la opinión británica.

A raíz de los bombardeos de los cruceros ligeros a las costas inglesas, publicó *The Times* un artículo que causó inmensa sensación en Londres, en el cual, entre otras cosas, decía: «La marina inglesa no puede impedir estos ataques a las costas de Inglaterra, realizados por buques de mucha marcha y provistos de tripulaciones audaces y valientes.

«Nuestros barcos no pueden formar un cordón que rodee el litoral inglés, porque hay otros puertos donde su presencia es indispensable.

«La mejor manera de acabar con estos raids de la marina germánica es reducir a Alemania a que pida la paz.»

Han transcurrido cinco meses después de la anterior declaración y, en efecto, la poderosa escuadra británica nada ha hecho contra las costas alemanas, pues la batalla naval del mar del Norte, comprobado queda que los ingleses perdieron más unidades que sus adversarios, porque estos sólo el «Blücher» se fué a pique. En cuanto a obligar a Alemania a que pida la paz, muy lejos de ello, están Grey y sus secuaces.

Pasemos por alto que el reclutamiento es un mito; que el calzado hecho para el ejército es inservible, y ha sido preciso comprar el calzado necesario en los comercios particulares; que no existen suficiente número de fusiles ni cañones, etc., etc., y sabremos cómo se hallan las islas británicas.

Alemania hubiera firmado la paz en febrero a raíz de las victorias contra los rusos y el fracaso de la ofensiva francesa; pero ahora es ella, precisamente, la que de ningún modo quiere tratar con los ingleses.

Desde el día que comenzó la guerra Alemania se encuentra en las peores circunstancias posibles.

Sus adversarios la atacan por las dos fronteras, y su aliada Austria no le ha prestado más apoyo que la de algunas baterías automóviles de morteros, y en cambio varios cuerpos de ejército teutón están luchando en territorio austriaco.

Ahora bien; la situación actual de Alemania ha mejorado notablemente con el bloqueo a Inglaterra y el gravísimo error cometido por los aliados al iniciar el ataque contra los Dardanelos; porque, para el Imperio germánico, el desastre marítimo del día 18 de marzo, equivale a una victoria naval, pues se han alejado del mar del Norte y del de Irlanda muchos barcos ingleses, se han perdido varios, se irán a pique probablemente algunos más, y todo esto sin que Alemania tenga que exponer ninguna de sus unidades de combate. Sería para los germanos un grave contratiempo la retirada de los aliados de los Dardanelos, porque les conviene en gran manera que los turcos se defiendan bravamente, pero que poco a poco vayan cediendo ante el empuje de las escuadras unidas, con el objeto de que acumulen muchas fuerzas, con el cebo de la victoria y no cejen en su temeraria empresa.

Si además de esta ventaja, los aliados llevan a Oriente algunos millares de hombres éstos menos podrán poner en la frontera, y, por lo tanto, más fácilmente Alemania podrá vencer a sus enemigos. Todas las victorias que los aliados puedan conseguir en Turquía, no harán avanzar a los franceses un solo metro; y si, por el contrario, fracasan, las victorias alemanas se centuplicarán sin necesidad de gastar un hombre ni una munición.

Por otra parte, dando por supuesto que los Dardanelos sean forzados, que los aliados ocupen Siria y los rusos avancen en Armenia; admitiendo que rumanos e italianos se arrojen contra Austria, nada desfavorable le sucederá a Alemania, porque ni tendrá que hacer frente a más enemigos que los que tiene, ni los ejércitos que luchan contra ella habrán aumentado, pues no es de esperar que las nuevas Potencias que entren en la liza cometan el descabello de enviar sus tropas a otras naciones desatendiendo sus propios intereses,

Cuanto más vastos sean los planes de los aliados y mayores ventajas obtengan en Asia y Oriente de Europa, tanto mayores serán los sacrificios que habrán de hacer, con perjuicio de su acción en Europa, que es de donde la decisión de la guerra ha de venir, o de las Islas Británicas, pero nunca de Oriente.

La verdaderamente interesada en los asuntos de Oriente es Inglaterra, luego Rusia, y a Alemania le afectan menos que a Francia y a Italia. Si vencen los germanos, recobrarán todas sus colonias, mientras que si son derrotados, de nada les habrá servido soste-

nerse en Oeste y Este de Africa y llevar la guerra a las colonias vecinas, porque perdería sus actuales posesiones. Por esto el imperio germánico prepara seguramente el ataque aéreo a Londres, el terrestre contra Francia, y espera con paciencia su triunfo definitivo, colocándose en condiciones envidiables para el día de mañana.

Luego, si Alemania ve, como es natural, con mayor claridad que nosotros, todos los errores que están cometiendo sus adversarios por querer aplastar definitivamente a los turcos, ¿por qué ha de desaprovechar la ocasión que se le presenta de dejar que se destrocen ellos mismos, sin necesidad de desangrarse ella?

He aquí la causa de que la anhelada paz que se cernía sobre los desolados campos de Europa, de día en día se aleja con más rapidez.

Abril - 14 - 915.

Fragmentos de Historia

Lo que se lee en viejos papeles

CON fidelidad absoluta, sin alterar siquiera la forma ortográfica en ellos empleada, reproducimos ciertos curiosos documentos, referentes a determinados hechos realizados por Inglaterra con respecto a nuestra patria; los unos allá en octubre de 1800, a la sazón en que horrible y mortífera epidemia exterminaba la hermosa ciudad de Cádiz (1); otros, ocurridos en 1804, cuando entre España y la antigua Britania existía una completa paz, y los demás, relativos a la mera declaración de bloqueo del puerto de la entonces opulenta y mercantil población citada, hecha aquella declaración por el comandante de la flota inglesa en 2 de enero de 1805; documentos copiados, repetimos, con la exactitud más precisa, y que hemos entresacado de las amarillentas hojas de un cuaderno de la época, que comprende el relato de los sucesos acaecidos, con referencia a las relaciones entre la Gran Bretaña y nuestra nación, desde 1797 a últimos del año 1805.

He aquí transcritos los documentos aludidos:

I

«Señor Almirante Ingles. — Quando esperaba que por la triste situación en que se halla el Vecindario de esta Plaza, y aun el de los Pueblos de esta Costa, aflixidos por el Cruel azote de un Contagio que se ha llevado millares de víctimas, y á un parece no se termina sin estenderse a todos los que no lo han sufrido; veo con sentimiento que la Esquadra del mando de V. E. viene aumentar su desgraciada suerte y contristacion. — No me puedo persuadir de la humanidad del Pueblo Británico, y de la de V. E. en particular,

(1) «..... vino luego el azote de la fiebre amarilla que asoló a Cádiz, a Sevilla y tantos otros pueblos comarcanos. Con tan grande calamidad se juntó a poco tiempo aquel bloqueo inhumano que pusieron a Cádiz los ingleses, viniendo allí a vengar sus derrotas del Ferrol sobre enfermos y cadáveres, atreviéndose a pedir en tan amargas circunstancias los navíos ya equipados, o que estuviesen equipándose, preparando el bombardeo para lograr esta demanda, y amenazando aquí y allí por todas partes el desembarco de sus tropas. La constancia heroica y proverbial de los pechos españoles cuando arrecian los trabajos y peligros, bastó a triunfar y a liberrar a Cádiz; ¡pero qué de sacrificios no causó allí la necesidad de proveer a la defensa de la plaza y de las costas en medio del incendio y de los estragos de la fiebre!»

(Memorias de D. Manuel Godoy, Príncipe de la Paz.)

que sea su objeto hacer más lamentable el estado de esta Poblacion; Mas no obstante por órdenes que tenga para ello, se quisiere atraer a ser la execración de las naciones, y cubrirse de oprobios á la faz de la Tierra, aflixiendo á el ya aflixido, y atacando al que cree indefenso, le aseguro que la guarnicion de mi mando, acostumbrada ya á mirar la muerte con semblante sereno, y á contrastar peligros superiores á todos los obstiles, sabrá oponer una resistencia energica y rigurosa, y un dique inespunable que no se supere sino por su total ruina; Espero pues de V. E. tenga la bondad de contextarme si puedo consolar á el Vecindario enfermo, ó si devo incitar á la ira y venganza: En quanto á los demás puntos fuera de la Plaza si V. E. intenta atacarlos hallará la defensa que corresponde á el honor de mi nacion y deseos de mi soberano. — Dios guarde á V. E. muchos años. Cadiz 5 de Octubre de 1800. — Tomas de Morla. — P. D. Los anteriores Gefes Navales del Bloqueo de esta Plaza, jamas han incomodado á los Pescadores en su ejercicio, y veo con admiracion, es la primera obstilidad de V. E. privandonos de este corto alivio.

II

RESPUESTA

«Navio de S. M. B. el Fedrollant sobre Cadiz á 5 de Octubre de 1800.—Señor.— Nos otros los Comandantes en Gefe de las fuerzas de S. M. B. de Tierra y Mar, que forman la expedicion al presente delante de Cadiz (1), hemos tenido el honor de recibir la carta de V. E. 5 de esta fecha, representando el lamentable estado de la salud en esa Ciudad, y sus inmediaciones, y profundamente sentimos que el azote haya sido tan severo, aunque tenemos fundadas razones, para creer que su malignidad esta ahora considerablemente disminuida: Nosotros no ignoramos que muchos de los Navios de S. M. C. estan ahora en estado de Armamento con el fin de unirse á las fuerzas Navales colectadas por los Franceses, y ser empleados por ellos en prolongar las turbulencias que desolan las naciones de la Europa, subvertir el Orden publico, y destruir la felicidad particular: Y somos enviados aquí con órdenes de nuestro Soberano, para hacer todos los esfuerzos para contrarrestar los designios de ese comun enemigo, emprehendiendo el posesionarnos, ó destruir los Navios de Guerra en el Puerto de Cadiz, y el Arsenal establecido hay: La extension de las fuerzas confiadas á nuestra direccion, nos deja poco lugar de aprender que falle nuestra empresa. Nosotros sin envargo estamos poco dispuestos á multiplicar los males inseparables de un Estado de obstilidad publica: V. E. consiente á entregar en nuestra posesion los Navios ya equipados y actualmente equipandose para obrar contra nuestro Rey y prolongar las miserias de las naciones vecinas: nuestros oficiales y equipajes serán dejados en libertad, y nuestro armamento se retirará. De otro modo será nuestra Obligación el proceder á la execucion de las Ordenes que tenemos, y todo aumento á la severa afliccion que V. E. siente será imputable, no á nosotros, sino á V. E.: Tenemos el honor de ser con el mayor respeto Señor de V. E. sus mas Obedientes y rendidos servidores. — Rea. — Abercrombi. — Keith. — P. D. Una Fragata estará inmediata á el Puerto para traer la respuesta de V. E. que nosotros esperamos sin la menor dilacion.»

(1) Según las notas oficiales de aquel tiempo, las fuerzas británicas que amenazaron a Cádiz y toda aquella costa epidemiada, se componían de ciento cuarenta y ocho buques, los sesenta de guerra, que fondearon en el placer de Rota el 4 de octubre con veinte mil hombres de tropas, al mando éstas del general Abercrombie, y a la cabeza de las fuerzas navales y de la expedición, el almirante Keith. Su objeto era apoderarse de nuestra escuadra, destruir el arsenal de la Carraca, imponer a Cádiz una cuantiosa contribución y acabar de desolar aquella plaza. El comandante de ésta, que lo era entonces D. Tomás de Morla, escribió al almirante inglés la carta arriba copiada, describiendo la acerba situación en que se hallaba Cádiz.

III

« RESPUESTA DE EL EXCMO. SR. GOBERNADOR DE ESTA PLAZA

«Señores Generales de Tierra y Mar de S. M. B. — Escribiendo á V. E. E. la triste situacion de este Vecindario á fin de excitar su humanidad, para separarlo del estrépito de las Armas, no me puedo imaginar que jamás se creyera flaqueza, y devilidad de semejante procedimiento, mas por desgracia veo que V. E. E. han interpretado muy mal mis espresiones, haciendome en consecuencia una proposicion, que á el mismo tiempo que ofende al que se le dirige, no hace honor al que la profiere. — Esten V. E. E. entendidos de que si intentan lo que proponen, tendrán ocasion de escribirme con mas decoro, pues estoy seguro, que las Tropas que tengo el honor de mandar, harán los mas terribles esfuerzos para grangear el aprecio de V. E. E. de quienes queda su mas atento y afecto servidor. Cadiz 6 de Octubre de 1800. — Tomas de Morla (1).»

IV

«Nota. — El día cinco de Octubre de mil ochocientos quatro, navegando quatro Fragatas de Guerra Españolas con caudales por la altura del Cabo de Santa María, con destino á Cadiz; fueron batidas y apresadas las tres de ellas por una division Inglesa, sin haber procedido declaracion de guerra entre las Potencias; la otra Fragata hecharon á pique ahogandose su tripulacion y varias familias que regresaban á su Patria, cuio numero ascendió á trescientas personas (2); en seguida quantos Buques Españoles encontraban los apresaban, y casi todos, cargados de plata y frutos de nuestras Americas, siendo su numero considerable por quanto nabegavan confiados en la Paz que habia entre España é Inglaterra (3). Este proceder tan fuera de todo orden, causó perjuicio y trastorno qual se puede considerar: pasado tiempo se declaró la Guerra por España y empezaron las hostilidades.»

(1) Refiérese indudablemente al documento que acabamos de transcribir, lo que el general Foy dice en la página 212 del tomo III de su *Histoire de la guerre de la Peninsule sous Napoléon*, y que a continuación reproducimos: «Don Thomas Morla, lieutenant-général, qui prit le commandement après la mort de Solano, avait déjà en 1800, commandé dans Cadix, lorsque les anglais voulurent ajouter le fleau de leur presence au fleau de la fièvre jaune qui ravageait l'Andalousie. La lettre firme et digne qu'il écrivit au général sir Ralph Abercrombie determine celui-ci à s'éloigner, et Morla fut proclamé le sauveur de Cadix».

(2) «.... incendiada y volada una de las fragatas con los trescientos hombres que llevaba a bordo, rindiéronse las otras tres, que con el dinero que traían, fueron conducidas a los puertos de la Gran Bretaña, Portsmouth y Plimouth, so pretexto de detención hasta que España diera explicaciones satisfactorias sobre sus armamentos, y seguridades de guardar la más estricta neutralidad. — Semejante atentado, consentido y aun autorizado por el gobierno inglés, hacía imposible todo esfuerzo de disimulo, toda apariencia de neutralidad entre las dos naciones.» (Modesto Lafuente, *Historia general de España*, tomo XXII, página 432, edición de Madrid, 1869.)

A propósito de los hechos a que se contrae el documento arriba copiado, es interesante conocer también (recomendando nosotros su lectura) el juicio que de los aludidos sucesos emite en las páginas 79 a 82 del tomo I de sus *Memorias* D. Antonio Alcalá Galiano, obra publicada por el hijo del autor en 1886.

(3) «Mientras que aparentaba (el gobierno inglés) negociar seriamente con nosotros, daba y hacia volar sus órdenes secretas para acometer nuestras naos sobre todos los mares, y la de echar a pique (que ni en Argel se hubiera dado) todos los barcos españoles de inferior cabida desde cien toneladas para abajo..... Y aun esto es

V

«Excmo. Sr. — La gran detencion que he observado ha sufrido en este día la Fragata de Guerra Española la Magdalena, á poco tiempo de haber salido de este Puerto, desde que a las doce de el, los buques del mando de V. E. la detuvieron hasta que la perdí de vista, por haber obscurecido, con retardo de su derrota, me estimula a solicitar de V. E. se sirva manifestarme el motivo de esta novedad, y si ha seguido ó no su destino. También espero del noble militar modo de pensar de V. E. no estrañará en mí esta pregunta, despues del inesperado ataque de la division de Buques de guerra Ingleses contra quatro Fragatas del Rey mi Amo, sobre el Mediterraneo del Cabo de Santa María, á pesar del qual veo que S. M. C. conserva la buena fé, en la paz establecida entre las naciones cultas (1), sin duda por asegurarse de las causas que precedieron para aquella novedad. Pero no alcanzando yo haya alguna para alterarla en estos mares, en cuyos Puertos se franquea la salida y entrada libres de buques de guerra y Mercantes de la Gran Bretaña, no devo desentenderme de aquella demora, que hablando con V. E. con franqueza me pone en cuidado, del qual deseo me saque V. E. respondiendome con la misma que le hablo. — Con este motivo ofrezco á V. E. mis respetos y deseo de complacerle. — Nuestro Sr. gue. á V. E. m.^s a.^s Cadiz 18 de Noviembre de 1804. — Juan Juaquin Moreno. — Excmo Sr. Almirante de la Esquadra Inglesa que se halla frente de Cadiz.»

Lord Volde, almirante de la escuadra inglesa frente a Cádiz, por toda respuesta a la cortés comunicación de D. Juan Joaquín Moreno, dió una despectiva y soberbia, que puede concretarse en estas altivas y desconsideradas frases: «Que estoy muy seguro que V. E. estará de acuerdo conmigo que no es para los oficiales (cuya obligacion es obedecer) el entrar en discusiones sobre la política, ó tal vez la justicia de los motivos que dictan las órdenes que reciben de sus Soberanos».

VI

«A bordo del Navio de S. M. la Gloria, á la vista de Cadiz 2 de Enero de 1805. — Mi Señor. — Habiendo sido informado de oficio, que la Guerra ha sido declarada por España contra el Rey mi Amo, me hallo en la penosa necesidad de poner el puerto de Cadiz baxo

poco todavía: ninguno ignora la tragedia de las cuatro fragatas españolas asaltadas en plena paz (*) por otras cuatro inglesas, cerca ya de entrar en Cádiz.... M. Pitt vendió aquel día su honor por un millón de libras esterlinas de que venían cargadas las fragatas. No haré yo cargo de esto a la nación inglesa; la imprenta libre de Inglaterra dijo aún más, aquellos días, contra tamaña felonía que nuestros propios manifestos.»

En las citadas *Memorias de D. Manuel Godoy*, páginas 28 y 29 del tomo IV de la edición española de 1839.

(*) De ese proceder menciona Barère el antecedente de que «Sin ninguna declaración de guerra tomó la Inglaterra a la Francia en 1775 cuatrocientos buques y nueve mil marineros dentro de puertos neutrales: de estos asilos que las naciones cultas han respetado siempre como sagrados».

(Bertrand Barère, *Libertad de mares, etc.*, tomo I, pág. 175; traducción española de D. Manuel María Gutiérrez. Madrid, 1841.)

(1) «Un grito unánime de reprobación se alzó en toda Europa, y hasta en la misma Inglaterra, contra la conducta del ministerio Pitt, quien creyó justificarse diciendo que sólo apresaba los buques para tenerlos en garantía de la neutralidad de España. Entre los contemporáneos hubo algunos que se atrevieron a defender la conducta de Inglaterra según las reglas del interés de actualidad; pero la posteridad está en todas partes acorde para condenar aquel acto de vandalismo sin ejemplo. Los mismos historiadores ingleses condenan hoy con noble indignación aquella conducta; y el eminente Allison, en su *Historia de Europa*, dice: «Mil veces mejor nos fuera devolver esos caudales y dar diez veces tanto encima, con tal que laváramos el baldón que ha recaído sobre nuestras armas.»

(Eduardo Chao, *Historia general de España*, tomo III, página 30.

bloqueo..... los botes empleados en sus pesquerías continuarán pasando..... en tanto que las baterías cercanas a Cadiz y Ceuta se abstengan de hacer fuego sobre los buques de guerra ingleses que por accidente puedan arrimarse á la distancia de las baterías. — Tengo el honor, etc. J. Orde.»

VII

« CONTEXTACION

«Una mera declaracion del Gobierno Ingles no basta a anular el dro. de las Naciones; la fuerza sola puede darle efecto..... No puedo creer que voluntariamente me proponga una inaccion culpable, quando los buques de su Esquadra se acerquen al alcance de los fuegos de tierra. No hay pacto ni condicion que me relebe de mi deber, ni hay potencia sobre la tierra autorizada a proponerme mi deshonor. Puede V. E. si gusta privar de su alimento á un Pueblo inocente; pero no de su honra á los que tenemos la de ser sus defensores. Las armas del Rey Catolico mi Amo, no han sido las agresoras; pero no pasarán jamás por la ignominia de un sufrimiento vergonzoso. — Dios gue. á V. E. muchos años. Cadiz 3 de Enero de 1805. — Solana. — Exmo. Sr. D. Juan Orde.»

¡La digna entereza del débil frente a la avasalladora soberbia del fuerte! No hay que olvidar, sin embargo, lo que escribió un historiador ilustre: «El insufrible orgullo que inspiró a Venecia su extraordinaria prosperidad, y de que hacía ostentación en todas sus negociaciones, bastó para alarmar a todas las potencias: al fin se ligaron contra ella en Cambray..... Venecia, la República poderosa, ya no existe».

Por la copia,

FEDERICO HERNÁNDEZ Y ALEJANDRO

NOTA. En el artículo «Bélgica invadida por Francia en 1792 y 1794», de la serie «Fragmentos de Historia», publicado en el número tercero de nuestra Revista, a la conclusión del párrafo que empieza: «La conscripción etc.», inserto en la página 22, aparece, por error tipográfico, siguiendo a la frase «las nuevas», la palabra «contribuciones», habiendo de ser substituído ese último vocablo por el de «construcciones», que es como se escribió en el original.

Seguamente que el buen sentido y cultura de nuestros lectores habrán ya rectificado esa errata material.

Bibliografía

La *Política Alemana*, por el príncipe de Bülow. GUSTAVO GILI, EDITOR. — Bernardo de Bülow ha destruído en buena parte la leyenda de la incapacidad diplomática de Alemania y de sus hombres de Estado. Se ha querido situar en el capítulo de las torpezas cancillerescas la del aislamiento de Alemania, y de tal manera se ha extendido el error, que personas enamoradas hondamente de Alemania, se complacen en reconocerlo como una verdad inconcusa.

«Alemania es sabia, es guerrera, es virtuosa, pero no es política; no posee ese arte de ductilidad diplomática que ha hecho de Inglaterra la dueña del mundo.» Así dicen muchos admiradores de la nación alemana, cometiendo una enorme injusticia.

Comparar la diplomacia inglesa con la diplomacia teutona es un contrasentido. No hay paridad posible. Los hombres de Estado ingleses modernos se han limitado a continuar por la trayectoria impuesta desde hace siglos por las necesidades marítimas y las ambi-

ciones comerciales de Inglaterra. Los hombres de Estado alemanes han tenido que crear una nación, orientarla, y todo eso han tenido que hacerlo en menos de un siglo, sin contar con que de este siglo tuvieron que dedicar una gran porción de tiempo a la reconstitución interna.

Inglaterra, por ejemplo, ha tenido la habilidad de procurarse estaciones carboneras en todas sus bases navales; pero para conseguir este resultado ha necesitado siglos de preparación y de constancia. Alemania, en cambio, ha dado el estirón que ahora registra con asombro el mundo, en media centuria. ¿Cabía exigir a la política alemana que hiciese en una cincuentena de años lo que Inglaterra ha hecho en dos siglos por lo menos?

Además, mientras Inglaterra, rodeada de mar, no ha tenido otra preocupación que crear poder marítimo, Alemania que tiene peligros en la frontera rusa y peligros en la francesa, no ha necesitado preocuparse en este sentido hasta que el desarrollo de su marina mercante la ha impulsado a procurar los medios de velar por ella.

No se le cargue a Alemania un pecado de ineptitud diplomática que no posee. Los políticos teutones no han cesado un solo momento de procurar el imperio de la paz y de las buenas relaciones. Incluso para con Francia, Alemania ha sido siempre buena amiga, sin que la República, a pesar de ello, haya olvidado nunca las ansias del desquite.

La misma guerra actual, no es una torpeza diplomática. Torpe, quizá, esa diplomacia francesa que laboraba externamente para una guerra y olvidaba producir el poder interno; torpe también esa diplomacia inglesa, que ha creído que le bastaría Francia y Rusia para escapar de los golpes del adversario. Léase, si no, el admirable libro de Bülow, ex-canciller del Imperio y hombre de una sagacidad extraordinaria: *La Política Alemana*. Está escrito pocos meses antes de la guerra, y demuestra que la diplomacia alemana no ha sido engañada.

Y si Alemania triunfa, observaremos como esta misma diplomacia, será hábil como hasta ahora lo ha sido la inglesa. ¡Le dan a un político tanta fuerza los cañones y la aureola del poder efectivo! — A.

En las filas alemanas, por José Maluquer. CARLOS SEITHER, EDITOR. — José Maluquer continúa, con notabilísimo acierto, su tarea de remozar lo que va ya siendo viejo de la «gran guerra», como él la llama y como probablemente la designará la Historia. A través de la prosa sencilla, clara, sin afeites ni retoques literarios, pero rebotante de sinceridad, de Maluquer, desfilan cinco meses de guerra, de noviembre de 1914 a marzo de 1915, como desfilaban estos mismos meses a través del celuloide impresionado.

Hemos leído con verdadero interés el libro y recordamos con agrado la amable sensación que nos produjo la lectura de aquellas notas en que Maluquer evoca la diversidad de impresiones que originaron los primeros días de la guerra. ¡Cómo se recuerdan aquellas horas mortales, en que la fantasía periodística por un lado y la mala fe informativa francesa — la prensa española no poseía otra — daba por aniquilados ejércitos enteros de alemanes, cuando precisamente era Bélgica arrollada por el empuje teutón que llegaba a las puertas de París!

Esa misma Bélgica, de cuya resistencia tanto se ha hablado — y tanto se habló en aquellos días de dominio telegráfico francés, como invencible muralla —, ¡qué poquita cosa parece vista después de la derrota! Involuntariamente recordamos Gerona, Zaragoza... Realmente los españoles hemos sabido defender con más ardor nuestra patria ante el invasor.

Maluquer, con amor de hombre reflexivo, desbroza todo lo más selecto de la guerra, y con meticulosidad de artista, nos describe grandes figuras alemanas, el Emperador, Hindenburg, las hazañas del *Emden*, cuadros de la lucha, todo ello grácilmente, con amenidad de narrador diestro y versado en tales lides. Como prueba de lo que decimos, véase el capítulo «Franceses e ingleses» que encabezan unos versos de la *Mirèio* de Mistral,

que son a modo de reto contra Inglaterra. Tan en su punto nos parece, que no vacilamos en reproducirlo a continuación:

«Mauricio Barrés, el distinguido académico cuyos escritos y campañas hemos seguido y con tanto interés seguimos aquí todos, se queja, algunos días amargamente, en el *Echo de Paris*, de que gran parte de la intelectualidad española no esté al lado de Francia en esta guerra, sino que exterioriza sus simpatías por Alemania. El insigne escritor atribuye esto a la campaña germanófila, la cual, dice, hay que contrarrestar a todo trance, procurando pescar adeptos donde y como se pueda! Aparte de que somos muchos los que no estamos conformes en esto de ser cogidos en *filet*, obscurece el claro pensar de Barrés su patriotismo! ¡Esto le hace ser injusto y..... olvidadizo!

«Todos los grandes autores, los civilizadores franceses más insignes, que todos, sean cuales fueren nuestras ideas debemos admirar y admiramos, por mi parte muy sinceramente, pues han constituido base de mi educación desde niño, han hecho sus páginas más sublimes al abordar el tema que conduce en el caso actual a España (salvo excepciones) por el lado opuesto a aquel en que se mueve Francia!

«Prescindiendo del elevado concepto que nos merece Alemania a cuantos la conocemos; prescindiendo de las mayores o menores simpatías personales hacia determinados sentidos y orientaciones, o si se quiere formas de gobierno; prescindiendo de relaciones individuales, lazos siempre fuertes que con mayor o menor intensidad hacen que se desenvuelva la exposición de nuestros sentimientos y opiniones, nos lleva a los españoles, *debe* llevarnos al lado de los contrarios de Francia en la contienda actual, la simple observación de quienes van de su brazo. Mire a su alrededor, y verá Mauricio Barrés por qué no podemos estar a su lado! Relea los grandes autores paisanos suyos, desde los de concepción más elevada a los que más han contribuido a la educación de la juventud, y verá hacia qué lado están los más violentos apóstrofes, sus condenaciones más enérgicas!

«Apenas hay obra alguna, por ejemplo del gran novelista Julio Verne, en que no haya latente, vigoroso, el odio hacia Inglaterra! Yo no puedo comprender cómo puede ir al lado de esta nación, un país que se honra con héroes y hombres de Estado, verdaderos precursores de la humanidad, como lo fué Napoleón el Grande, al leer las páginas vibrantes de Paul Frémeaux en «Los últimos días de Napoleón»! Verdaderamente un Hudson Lowe, no puede ser más que inglés!

«Y esto, por el lado francés, que por el nuestro..... no hay en nuestra historia desgracia alguna en que no haya ayudado y contribuido Inglaterra a nuestro hundimiento! Se equivocan en absoluto los que suponen como un movimiento de las derechas el movimiento germanófilo español; los que creen es debido a la propaganda germana; no! Nosotros, prescindiendo como he dicho de otras consideraciones, de las que deben prescindir los pueblos, vemos que el enemigo de Alemania es Inglaterra, no siendo los demás más que satélites y juguetes de las maquinaciones de ésta. Por ello debemos estar al lado de Alemania, y de cuantos a su lado estén, sea Turquía, ni que fuera la India o la China; y en cambio, es preciso que estemos en contra de los que a Inglaterra ayuden, aun cuando entre ellos haya una nación como Francia que tanto hemos llegado a querer!

«Nosotros no podemos estar al lado de quien continuamente nos veja con prohibiciones y vetos en nuestro propio territorio; quien por todos los medios procura arrebatarnos lo que nos queda; quien no teniendo nada que ver con el Mediterráneo, de él se enseñoera! Quien pretende influir incluso en los asuntos de índole más interna y nacional, armamentos, fortificaciones, etc.! Por ello nuestra simpatía toda entera, sería al ver que en el Mediterráneo interviene otra potencia capaz de tener a raya a la moderna Cartago, evitando así el que ésta, con su política de rapiña, vaya apoderándose de todo.....! *Que no sea Calais un segundo Gibraltar!*.....

«España, de estar en algún lado, no puede estar más que en contra de Inglaterra, que

celosa siempre de todo país marino, ha ido aniquilando en paz y en guerra nuestra flota, pirateando los envíos de Indias! Desde las hazañas del pirata Francis Drake en 1572; saqueo de Cádiz con la destrucción de cien buques mercantes y seis galeras; incendio de Vigo en 1589; nuevo incendio de Cádiz y escuadra española en 1596; ataque a los navíos cargados de plata en Cádiz, 1656 y bahía de Vigo, 1702; incendio de Tenerife y destrucción de otra flota; ocupación de Mahón y Gibraltar; sitio de Cartagena; Trafalgar, donde destruyeron nuestro imperio colonial — pues país que no tiene escuadra no puede tener colonias —; hasta el veto a nuestra acción en Marruecos en 1859, etc., etc., no nos ha hecho más que daño Inglaterra. No habiéndonos hecho más, porque no ha podido!

«Que los ingleses luchen por su supremacía y hagan lo que crean conveniente, pase; pero nosotros y los demás hacerles coro, no! De ninguna manera!

«Pero además de esto, además de lo que a Inglaterra se refiere, nuestra simpatía que podría tenerla Francia, no podemos darla a los gobernantes, a los políticos que la llevan a la ruina; a los que durante tantos años han jaleado la idea de la *révanche*, por unas provincias que no son francesas; con mucha mayor razón deberíamos abrigar nosotros la idea de la anexión del Rosellón, que por desidia y torpeza o mala voluntad de nuestros diplomáticos nos fué en día algo lejano ya, arrebatado. Pero se habla aun hoy mucho más el catalán, lengua española al fin y al cabo, en aquel trozo de Francia, que el francés en la Alsacia y la Lorena..... Y, a pesar de ello, no queremos acordarnos!

«Nosotros hemos visto como durante años y años el Emperador de Alemania ha hecho todos los esfuerzos imaginables llegando a sufrir verdaderos desaires, para estrechar las relaciones entre su país y Francia! Pero los políticos de ésta, no han querido nunca estrechar la mano que aquél, con su amistad, noblemente les tendía. En vez de ocupar el primer sitio, en vez de colaborar con Alemania a la implantación de los Estados Unidos de Europa, genial idea de Napoleón, modernización que podría ser del Imperio antiguo de Carlomagno, prefieren servir de cabeza de turco a Inglaterra, sacrificando la flor de su patria en esta terrible lucha! No; no podemos estar nosotros al lado de lo que Francia representa en esta guerra! Y no debe tomarlo a mal Mauricio Barrés, después de lo expuesto.

«Que tenemos razón, se aspira en sus mismos artículos, en sus escritos..... Sin la mala voluntad *de arriba*, que es la razón por que están enfrente dos naciones que no tienen ningún interés opuesto, sin ella, el mismo Mauricio Barrés no hubiera tenido que escribir aquel artículo, magistral como todos los suyos..... *Les petits pieds nus!*.....

«Ni el general Toutée (1) sus enérgicas acusaciones!.....

Maluquer, tiene, además, otro mérito: es español y escribe a la española, sin alambicamientos, sin sutilezas, sin abstracciones que hagan más sabio el libro pero también menos inteligible.

Hemos de recomendar eficazmente a nuestros lectores este libro, porque él ha de darles una sensación de guerra vivida y unas horas de agradable esparcimiento. — A.

(1) «..... Quand, parvenu au terme de ma mission, j'ai jeté un regard en arrière, j'ai constaté qu'à l'abri de nos armes, derrière mon drapeau qui portait promesse de liberté, d'équité et de probité, s'était installé un régime de pillage éhonté. Les champs, les maisons, les personnes, les biens privés, les deniers de l'Etat, rien n'était respecté. Comme les vautours suivent les armées, des bandes d'aventuriers, y compris des fonctionnaires sous mes ordres, dévoraient le pays confié à mon honneur.

«J'ai voulu y voir clair d'abord et mettre un terme à cette gabegie. J'en ai été empêché. Parmi les modestes employés qui m'avaient renseigné ou servi dans cette tâche, le plus important a été assassiné dans les vingt-quatre heures. Les autres ont été frappés, dispersés; les archives ont été lacérées, brûlées ou jetées au vent; les témoins de justice ont été par dizaines arrêtés, emprisonnés, dépouillés, exilés.

«Après deux ans d'attente, je constate que ces crimes sont restés impunis. Leurs auteurs ou les complices de ces criminels sont récompensés, avancés, décorés. ...

» Saint Fargeau (Yonne), août 1913.»

Alemania juzgada por españoles

DE JACINTO BENAVENTE

«Uno de los argumentos favoritos empleado por los detractores de Alemania es la transcripción de textos de autores alemanes eminentes, críticos severos de su nación.

Se cita a Schopenhauer, a Heine, a Nietzsche; pudiera citarse a muchos más. Todos ellos hablaron mal de su patria. ¿Qué debe pensarse de una nación que cuenta entre sus detractores a muchos de sus hombres más eminentes?

¿Qué debería pensarse entonces de todas las naciones y de todos los tiempos? Los grandes hombres han sido, deben serlo siempre, por razón natural, los más apasionados censores de su nación y de su tiempo. ¿Quiere decir esto que no sean buenos patriotas? Al contrario; profundícese hasta lo más hondo de su pensamiento y se hallará cómo esa inquietud descontentadiza, ese malestar quejoso, no es sino deseo de perfección, patriotismo doloroso agudizado. Porque se quiere bien, se quisiera mejor a lo que se quiere.

Si por las censuras a su patria se midiera y tasara el patriotismo de los grandes hombres, pocos pudieran librarse del dictado de malos patriotas.

Todos los grandes hombres pusieron indignación y amargura en su amor a la patria; pero pusieron amor sobre todo.

Ahora mismo, ¿no es un inglés, Bernardo Shaw, quien les dice a los ingleses las más duras verdades?

¿Puede dudarse por eso de su patriotismo? No; el hombre inteligente, cuando castiga, corrige, y cuando derriba, edifica. Su crítica es siempre constructora.

Lo triste para un pueblo es cuando han de invertirse los términos, y, ante la dejadez y el pesimismo de la masa, que no cree en nada, que no espera nada, los hombres superiores se ven precisados a dejar su papel de críticos y, como el general que ve huir a la desbandada a sus soldados, pasar a la vanguardia a ser soldado para levantar con su ejemplo a los que huyen cobardes, sin fe y sin entusiasmo.

Cuando en los pueblos alienta un gran patriotismo, fervoroso, extremado, bien sienta que sus directores critiquen y moderen la inconsciencia de ese patriotismo que puede ser peligroso por ignorante y por absorbente. Será preciso decir: No, no sois los más fuertes, ni los más ricos, ni los más grandes; tenéis tales defectos, carecéis de tales buenas cualidades.

Pero cuando es la masa la que empieza por entregarse vencida, negándose toda excelencia, aceptando todas las humillaciones, resignada con su poquedad, hasta ufanándose con sus lacerias, como mendoigo que hace su lucro de ostentarlas, entonces han de cambiarse los papeles y los que ven más claro han de cerrar los ojos y fingirse tal vez poseídos de una fe que les falta y pasar de generales a soldados y ser los inconscientes, ellos que debieran ser la conciencia serena, que está sobre todas las ceguedades del entusiasmo...

Por todo esto, ¡felices los pueblos en que sus hombres eminentes pueden ser críticos del patriotismo! Señal de que hay patriotismo».

(*El Imparcial*, 22 marzo 1915.)

Nota de Redacción

El exceso de original de imperiosa actualidad nos obliga a aplazar para el próximo número la publicación del folletín «La Patria Alemana».